

BOLSILIBROS
BRUGUERA

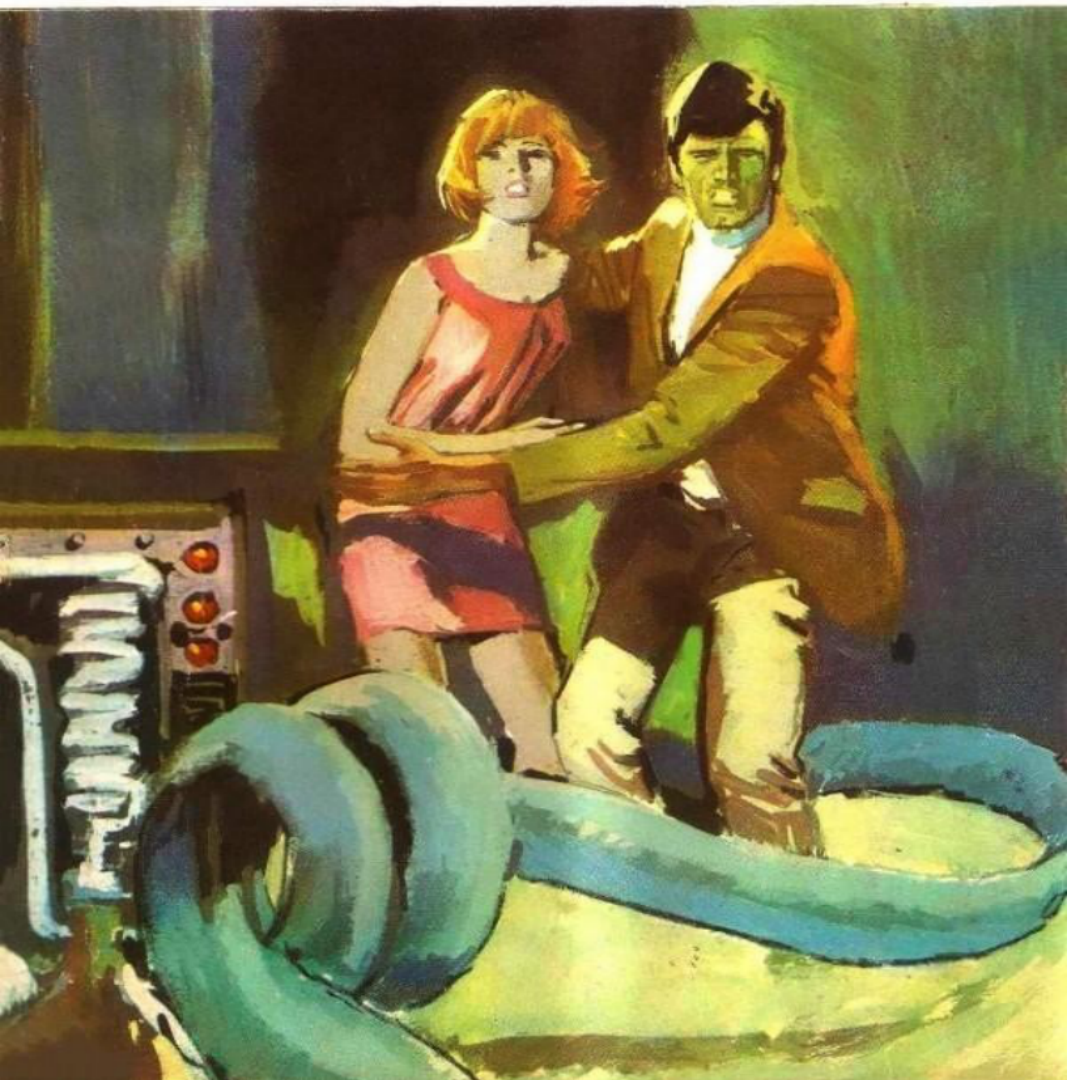
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el diabólico Dr. Frog

clark carrados





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

EL DIABOLICO DR. FROG

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.047
Publicación **semanal**
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL ERUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 24.332 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.165. — Rescate.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.025. — Cuenta corriente para morir.
- En Colección BUFALO:
860. — El tren de oro.
- En Colección CALIFORNIA:
676. — Bandera para forajidos.
- En Colección COLORADO:
663. — Solos ante el peligro
- En Colección KANSAS:
632. — El día del desquite.
- En Colección BRAVO OESTE:
502. — Zona maldita.
- En Colección PUNTO ROJO:
433. — ¿Quién mató a Norma Bibbs?
- En Colección SALVAJE TEXAS:
733. — El honor del capitán Grabb.
- En Colección ASES DEL OESTE:
453. — Se vende una pistola.
- En Colección ENVIADO ESPECIAL:
102. — ¡Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

¿HABIA ADIVINADO EL DR. FROG QUE YO ME DIRIGIA A TAHITI? No era probable, pero la coincidencia resultaba curiosa.

Su mensaje había sido enviado, naturalmente, a mi residencia de Nueva Jersey, desde donde me lo habían reexpedido al paquebote *Luttharia*, en el que yo hacía un viaje mixto de placer y descanso, después de una larga temporada de duro trabajo, que había dejado mis nervios y aun mi cuerpo poco menos que inservibles.

Después de unos días de navegación en alta mar, con la consabida escala en Honolulu, empecé a encontrarme mejor. Y fue cuando solo faltaban ya veinticuatro horas para arribar a Papeeté, la capital de la isla de Tahití, cuando me entregaron su mensaje.

Era una clara petición de ayuda:

VEN PRONTO. TE NECESITO. EXPLICACIONES A TU LLEGADA.

H. FROG.

La H era inicial de Hermes. Hermes es el antiguo nombre griego del Sol. Sinceramente, Frog no tenía nada de Sol... me refiero a esa apariencia física que lleva a algunas mujeres a exclamar, cuando se refieren a un hombre: «Es un Sol». Nada de nada.

Tampoco era un monstruo de fealdad. Pero en mi amigo Frog, lo que más importaba era su privilegiado cerebro.

Hay cerebros de varias clases, lo cual depende de su valor. Si se estableciese una clasificación, el de Herman Frog sería de superprimerísima clase.

Lástima que a mí entender, a veces, se metía en experimentos que luego resultaban un puro disparate. Pero así son los sabios; tienen que cometer disparates para, al cabo de los años, sacarse de la manga un descubrimiento sensacional.

¿Cuál era el descubrimiento de mi amigo Frog?

En aquel momento yo no tenía la menor idea. Hacía años ya que no nos veíamos.

Para las Navidades, intercambiábamos la clásica postal de felicitación. Lo curioso era que yo tenía que enviársela a la isla de Wabe-Uyna que vaya usted a saber dónde estaba ni menos cómo le llevaban el correo. Con decir que le enviaba la postal de Navidad a fines de agosto, se me entenderá fácilmente lo que quiero expresar.

Y ahora, de repente, sin saber cómo ni por qué, me enviaba un mensaje

de petición de ayuda. Con tal de que el sablazo monetario no fuese excesivamente elevado...

Porque si no se trataba de dinero, no se me ocurría qué diablos podía ser.

Sin embargo, antes de resolver los problemas de mi amigo, habría de resolver otro que se me antojaba de muy difícil solución: la ubicación de la isla de Wabe-Uyna y el traslado de mi persona hasta ella.

Eran dos cosas de las cuales no tenía la menor idea de cómo debían hacerse.

* * *

Cuando entré en uno de los bares del buque, al filo de las seis de la tarde, vi a la «Mujer».

¿Cómo puede definir un hombre a una persona del sexo opuesto que parece reunir todas las cualidades apetecibles?

Belleza, encanto, simpatía, hermosa figura, gracia de movimientos y para aumentar más sus numerosos hechizos, una ligera aura de tristeza en su expresión, que la hacía infinitamente más atractiva.

Cabellos cenicientos, tez blanca, pero no pálida, y ojos grises. Pongamos un metro setenta y tres centímetros de estatura y un talle de ánfora y tendremos a la «Mujer».

Por supuesto yo sabía su nombre. En un barco, se conoce enseguida el nombre de las personas por quienes uno pueda interesarse.

La «Mujer» se llamaba Sigrid Kunstane. Procedía de Florida y se dirigía a Papeeté, como yo.

Era todo cuanto sabía acerca de ella. Un par de veces había intentado la aproximación, pero Sigrid, con cortés firmeza, envuelta en una amable sonrisa, había rechazado mis intentos.

Ahora estaba allí, en el salón, no lejos de la barra, hablando con un sujeto de nada agradable aspecto. Así, desde luego, resaltaba más su belleza.

El contraste entre la bella y la bestia. Hombre, el otro no era una bestia, pero de guapo no tenía nada.

Y sí de mal encarado y hasta un genio poco agradable. Sigrid negaba enérgicamente con la cabeza a algo que el otro parecía pedirle con insistencia.

Yo me dirigí a la barra y pedí un refresco. Era demasiado pronto todavía para empezar con el *whisky*.

Dejé de pensar en Sigrid para concentrarme una vez más en los problemas de mi amigo. Así me sorprendió la dulce vez de la joven:

—¿Me da fuego, por favor?

Volví la cabeza en el acto. Sigrid estaba frente a mí con un cigarrillo entre los dedos y una graciosa sonrisa en los labios.

—Por supuesto —contesté.

Ella encendió el cigarrillo, lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Muchas gracias, señor Dearn.

—¿Conoce usted mi nombre? —pregunté, asombrado.

—Usted también se preocupó de conocer el mío —respondió ella.

—Lo admito. Pero no es sino la consecuencia lógica de mi condición de hombre.

—¿Cómo?

—La visión de una mujer hermosa provoca siempre en un hombre la inevitable reacción: «¿Quién es esa beldad?». Y si no tiene a mano a nadie que conteste a esa pregunta, el hombre tendrá que buscar la respuesta por sí mismo.

Sigrid rio suavemente.

—Muy inteligente, señor Dearn —manifestó.

—Lo cual no quiere decir que usted haya sentido lo mismo al verme —dije—. No soy de la clase de hombres que hacen desmayar a las mujeres... pero estamos aquí charlando y todavía no me he preocupado de invitarla a una copa.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Se lo agradezco, señor Dearn. Otro rato —contestó.

—Ya queda poco tiempo. Mañana llegamos a Papeeté y nos separaremos, me imagino.

Sigrid no me contestó con palabras. Hizo un leve gesto afirmativo y se marchó.

La vi cruzar el salón, alta, esbelta, cimbreante, una diosa mitológica convertida en ser humano y vestida con ropajes modernos. No cabía la menor duda: era la «Mujer».

* * *

Había una luna preciosa y a las doce de la noche el mar presentaba un aspecto encantador. La brisa movida por el barco al desplazarse mitigaba los ardores de la temperatura tropical.

El *Luttharia* se balanceaba con gran suavidad. Yo contemplaba abstraído en la popa la estela que producía el barco, siempre igual y siempre distinta. A la luz de la luna era un espectáculo inenarrable.

Muchas otras personas se habían situado allí para presenciarlo. Al cabo de un rato, me quedé yo solo. Sabía que debía descansar, pero me resistía a meterme en la cama. Aquel panorama era para presenciarlo durante horas seguidas y yo no sabía cuándo podría verlo de nuevo.

De repente, sentí pasos a mí espalda.

Yo estaba acodado en la borda y me erguí. Sigrid se acercaba a aquel lugar.

—Buenas noches, señor Dearn —saludó amablemente.

—Encantado, señorita Kunstane.

—Una noche preciosa, ¿no es cierto?

—De las mejores de mi vida y no solamente porque esté usted a mi lado, pero su presencia la mejora considerablemente.

—Debería ir usted a un psiquiatra, señor Dearn. Así se curaría de su vicio de exagerar. Por favor, como esta tarde, ¿tiene usted fuego?

—Con mucho gusto.

Sigrid sacó cigarrillos y me ofreció uno que puse entre mis labios. Ella encendió el suyo y luego, sin quitárselo siquiera de la boca, dijo en voz baja:

—No aspire el humo, señor Dearn. Es un cigarrillo narcótico.

Me quedé mirándola con una cara de idiota imponente. Ella se dio cuenta y añadió:

—Reaccione, hombre. Lo que le digo es la verdad... Fume, pero no deje que el humo llegue a los pulmones. Dentro de un par de minutos, derrúmbese al suelo como si se hubiese dormido.

—No entiendo en absoluto...

—Tiempo habrá de explicaciones —contestó ella—. Tenga cuidado, nos observan.

—Pero...

—Haga lo que le digo, por amor de Dios. Su vida corre serio peligro. Quieren asesinarlo. Me obligan a cooperar, pero yo trato de evitarlo. Tenga fe en mí, se lo ruego, señor Dearn.

Clavé mis ojos en la cara de Sigrid. No, ella no podía engañarme. Pero, ¿por qué querían asesinarme?

—Ha pasado ya un minuto. Dentro de sesenta segundos, déjese caer al suelo, simulando estar narcotizado. El resto dependerá ya de usted —añadió Sigrid.

—Lo haré —prometí.

—Quiero salvarle —dijo ella solamente. Me dirigió una sonrisa y se marchó.

La cabeza me daba vueltas. ¿Por qué querían asesinarme? repetí otra vez y otra y otra...

A pesar de todo, conservé la suficiente presencia de ánimo como para hacer cuanto me había indicado ella. Unos segundos después, dejé caer el cigarrillo y rodé lentamente sobre cubierta.

Quedé tendido en el suelo, con la cara ligeramente vuelta hacia el acceso a la cubierta de popa y los ojos entrecerrados. Momentos después,

vi acercarse a un individuo.

Caminaba cautelosamente, mirando hacia atrás de cuando en cuando. Pronto pude ver que no era el mismo con quien Sigrid había estado hablando aquella tarde en el salón.

Como fuera, las intenciones del tipo eran fáciles de adivinar: ahora que estaba dormido, me lanzaría al mar... y allí se acabaría la existencia de Owen Dearn, abogado contable e investigador en determinadas ocasiones.

El tipo llegó junto a mí y me agarró por los sobacos, poniéndome en pie primero y dejándome luego apoyado en la borda. Era la posición ideal para cogerme por los tobillos y hacerme dar la voltereta.

Cuando se disponía a hacerlo, le di una coz monumental en plena cara.

El tipo rugió, se tambaleó, escupió sangre y maldiciones, pero no cayó.

Estaba sorprendidísimo, no cabía duda, lo cual no le impidió reaccionar y arrojarle sobre mí con la furia ciega de un toro bravo.

En estas condiciones, solo se pueden hacer dos cosas: huir, lo que me estaba vedado por la borda del paquebote... o torear a la fiera.

Tuve que torear al sujeto y me eché a un lado cuando ya su cabeza estaba a punto de alcanzar mi estómago. Mi atacante llegó a la borda y se estrelló contra ella, quedando ligeramente inclinado durante una fracción de segundo.

Fue suficiente. Los dos golpes le habían aturdido. Mi siguiente acción resultó sencillísima. Aún conservaba algo de impulso el tipo y bastó que metiese un pie por debajo de su pierna izquierda para hacerle bascular hacia afuera.

Gritó.

¿Quién oye un grito en un barco a las tantas de la madrugada, con el ruido de las máquinas, el silbido del viento y el susurro de las olas?

Individualmente, no son ruidos fuertes ni mucho menos. Juntos, atenúan otros sonidos de manera considerable. Añadamos a ello que estábamos solos y se tendrá la consecuencia lógica.

Nadie le oyó.

Nadie le vio.

Salvo yo, pero, claro, no lo iba a decir por ahí para meterme en un jaleo.

Saqué un pañuelo. Pero no para despedir a mí asesino, claro, sino para enjugarme el abundante sudor que cubría mi cara.

«Gracias, Sigrid», dije mentalmente.

CAPÍTULO II

Eran ya las tres de la madrugada.

Hacía una hora más o menos que yo había salvado la vida. Me pareció conveniente ir a ver a Sigrid a darle las gracias por su aviso y, de paso, tratar de enterarme por qué alguien quería ensayar en mí sus métodos particulares de combatir el exceso de población humana en el planeta.

Las cubiertas y pasillos del barco estaban desiertos, como es fácil de suponer. Si yo había podido enterarme del nombre de Sigrid, no es difícil suponer que conociese también el número de su camarote.

Llegué ante la puerta y me dispuse a llamar. Entonces percibí una voz humana que salía del interior.

La puerta no estaba cerrada del todo. Por allí salía la voz.

Una voz colérica, irritada, el hombre que hablaba con Sigrid, indudablemente, estaba de un pésimo humor.

—¿Está segura de que le dio el cigarrillo?

—Sí, se lo di.

—¿Lo encendió?

—Lo encendió. Y cayó al suelo.

—No lo entiendo —dijo el hombre—. Pack no ha regresado a comunicarme él... lanzamiento...

—No me diga nada a mí —exclamó Sigrid—. Hice lo que me ordenó. ¿O acaso quería que lo lanzase también al mar?

—Tal vez hubiera sido lo mejor.

—¿Cree que lo hubiera hecho?

Hubo una corta pausa de silencio.

—No se me ocurrió —dijo el hombre—. Pero sí me llego a dar cuenta...

—Señor Mynser —cortó Sigrid—, no vuelva a ordenarme jamás una cosa semejante, porque no le obedeceré.

—Usted hará todo lo que se ordene o lo pasará muy mal. ¿Está claro?

—Lo pasaré muy mal, pero no lo haré.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio.

Creí que Mynser iba a pegar a Sigrid. Si lo hace, lo estrangulo.

Por fortuna, debió de contenerse. Por fortuna para él, claro.

En lugar de pegarle, dijo:

—Bien, averiguaré definitivamente lo que ha pasado. Volveremos a vernos mañana en Papeeté.

Adiviné que iba a salir de allí y me escabullí rápidamente. No quería comprometer más a Sigrid.

Ella me había salvado la vida y yo debía ayudarla. Pero, de pronto, me acordé de mi amigo el doctor Frog.

Frog también me había pedido ayuda. ¿En qué espantoso jaleo se había metido?

Los sabios son capaces de muchas cosas, excepto de obrar como las personas normales. Bien, no me quedaba otro remedio que llegar a Wabe-Uyna si quería saber qué le pasaba al doctor Frog.

* * *

Llegué al hotel sin haber tenido noticias de Sigrid ni de Mynser.

Ambos parecían haber desaparecido como si jamás hubieran existido. Traté de verla a ella pero me resultó imposible.

Cuando desembarqué, había bastante jaleo. Los oficiales y tripulantes del barco comprobaban rigurosamente las listas de pasajeros.

Faltaba un tal Henry J. Packeduff —¡vaya apellido! —, del que no se conocía su paradero.

Yo sí lo sabía, pero, claro, no iba a tirar piedras contra mi tejado. Allá se las apañase el capitán del barco con la policía francesa.

Llegué al hotel, pedí una habitación y me metí en el baño.

Después de asearme y cambiarme de ropa, usé el teléfono para hablar con recepción.

—Si viene la señorita Kunstane, hagan el favor de avisarme.

—Lo tendremos en cuenta, señor Dearn.

Volví el teléfono a la horquilla. El problema de mi asesinato era algo que me preocupaba profundamente, pero no por ello debía dejar el asunto que me había traído a Tahití.

Bajé al vestíbulo, amplio y capaz. En uno de sus ángulos descubrí un *stand*: VIAJES DE PLACER. INFORMACION. Estaba atendido por una hermosa tahitiana de, pelo negro y piel canela ataviada —¿cómo no?—, con el traje típico de las isleñas.

Me acerqué al mostrador.

—¿Qué es preciso hacer para ir a Wabe-Uyna, señorita?

Ella me miró con una chispa de humor de sus hermosos ojos negros.

—Es fácil y difícil, señor —contestó.

—Explíqueme la adivinanza, ¿quiere? —rogué.

—Fácil, porque no cuesta sino tomar un pasaje en la goleta del capitán Grays. Pero empleará una semana en llegar allí, aparte de lo que tarde Grays en llegar a Papeeté, puesto que ahora está navegando precisamente hacia Wabe-Uyna.

—Ahora dígame lo difícil.

—Difícil, económicamente. Hay que alquilar un avión.

—Y eso cuesta mucho más que el pasaje en la goleta del capitán Grays, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Muy bien, deje las dificultades económicas de mi cuenta, hermosa. ¿Dónde se puede alquilar un avión?

La tahitiana escribió algo en un bloque de papel, arrancó la hoja y me la entregó.

—Vaya a esta dirección. El resto depende ya de François Dufour.

—¿Quién es Dufour?

—El piloto del avión que usted podrá alquilar... si él quiere.

—¿Por qué no habría de querer?

La tahitiana se echó a reír.

—Cuando tiene dinero, no quiere volar —contestó.

—Entonces le robaré, lo dejaré sin blanca y no le quedará más remedio que llevarme a Wabe-Uyna.

Dejé diez dólares disimuladamente sobre el mostrador del *stand*. «En cuanto haya dado media vuelta, avisarás a Dufour, guapa», pensé.

O no merecía estar en aquel sitio.

Enseñé el papel que me había dado mi informadora al primer taxista que me eché a la cara. En un cerrado y nasal francés, el taxista me contestó:

—Como las balas, *m'sieu*.

Fuimos un poco más lentos que un *jet*, todo hay que confesarlo. Pero el aterrizaje fue estupendo. Bajé por la portezuela, en lugar de salir por el parabrisas.

—El señor está muy pálido —me dijo el taxista al cobrar el importe de mi carrera—. En Papeeté recobrará pronto el color.

—Sobre todo, si me desplazo a pie —contesté. El tipo se había creído que yo estaba enfermo.

Momentos después, estaba en presencia de Dufour.

Le hacían falta tres cosas: pantalones y camisa limpios y un buen afeitado. Le sobraba una: la botella de licor que tenía junto a sí.

Hubiérase dicho que era su mamaíta del alma, tan fuerte la apretaba contra su pecho. Pero una de dos: o no había empezado a beber o tenía el estómago encallecido.

Lo cual quiere decir que estaba sereno.

—Quiero ir a Wabe-Uyna —dije, sin más—. Usted tiene un avión y lo alquila. Es mío.

Dufour me miró en silencio unos instantes.

—Mil dólares —contestó.

—Hijo de Caco —le apostrofé.

—Mi padre se llamaba Pierre.

—Su padre era Caco, el dios griego de los ladrones. Quinientos dólares.

—Adiós, yanqui.

—Seiscientos.

—Mil.

—Seiscientos uno.

—Novecientos noventa y nueve.

Era un tipo estupendo el tal Dufour. Me senté frente a él y empezamos con la botella, rebajando dólar a dólar. O aumentando, según quién fuera el que hablaba.

La cosa quedó en setecientos cincuenta. Con condiciones.

—Trescientos ahora mismo. Quinientos mañana, al despertar.

—Pero habíamos quedado en...

Dufour meneó la cabeza.

—Papeles, funcionarios, gasolina —dijo lacónicamente.

—Está bien, trescientos ahora —los contó—. Los quinientos, mañana... ¿a qué hora?

—A las diez en punto habrá un taxi esperándole en la puerta del hotel —contestó Dufour—. Páguelo usted, señor Dearn.

—Naturalmente —contesté con sarcasmo—. ¿Le debo algo por los tragos que me he tomado?

—Hombre, ya que se pone en ese plan...

Era un tío cínico, pero, a pesar de su desastrado aspecto, me dio la impresión de que sería un hombre muy distinto una vez sentado ante los mandos de avión.

Regresé al hotel.

El resto del día transcurrió sin novedad. Lo que quiere decir que no vi a Sigrid ni a Mynser.

Pero si no vi a la «Mujer», en cambio sí tuve noticias suyas.

Me había escrito. Su carta estaba sobre la almohada prendida con un alfiler.

Era una misiva muy corta. No tenía más firma que un ligero perfume, que yo recordaba muy bien, pese a las pocas veces que había estado junto a ella.

Con letra de colegio de monjas, Sigrid me decía:

NO VAYA A WABE-UYNA. PELIGRO GRAVÍSIMO

Hice un gesto con la cabeza y, como si ella pudiera escucharme, dije:

—Lo siento, hermosa, pero mi destino es ir a Wabe-Uyna, pase lo que pase.

* * *

Dufour me dio dos sorpresas a la mañana siguiente.

La primera consistía en su aspecto personal: estaba afeitado y tenía ropas limpias. Las telarañas que el alcohol ponía en sus ojos habían desaparecido por completo.

—¿Listo, señor Dearn? —preguntó al estrecharme la mano.

—O. K., François —contesté.

El viaje en taxi había resultado placentero en comparación con el de la víspera. El velocímetro no había rasado nunca de los ciento veinte, lo que en población era una excelente marca. Andando el tiempo, me enteré de que dos ancianitas habían fallecido a consecuencia de sendos síncope, pero toda relación entre sus muertes y el paso del taxi por sus inmediaciones ha de ser considerada como mera coincidencia y no será tenida en cuenta.

La segunda sorpresa era el avión que había de trasladarme a Wabe-Uyna.

Era un esbelto bimotor, pintado de blanco y rojo, con flotadores y cabina para ocho personas. Su flamante apariencia cuadraba muy poco con el desastrado aspecto que su piloto presentaba la víspera.

Dufour vio mi sorpresa y se echó a reír.

—Cuido mucho a mí aparato —dijo—. Es mi vaca.

—En suma, que de él extrae usted las proteínas que necesita, para alimentarse.

—Y también el $\text{CH}_3 \text{CH}_2 \text{OH}$ —dijo riendo.

—Alcohol, vamos.

—Sí, pero mezclado con algunas sustancias aromáticas. ¿A bordo, señor Dearn?

—A bordo, piloto.

Otra de las características del aparato eran sus flotadores gemelos.

—En Wabe-Uyna no hay cien metros de terreno liso para un aterrizaje y lo mismo pasa en las demás islas. Por eso consideré más rentable el hidroavión —me explicó Dufour, en tanto nos sentábamos en la cabina.

Yo lo hice a su derecha. Me sujeté el cinturón de seguridad y un tahitiano soltó las amarras que unían el aparato al muelle.

Petardearon los motores sucesivamente y expelieron nubes azuladas por los tubos de escape. Las hélices se convirtieron en sendos discos plateados y, tras unos minutos de calentamiento de motores, Dufour dio gas y el aparato empezó a deslizarse lentamente hacia un espacio despejado del puerto de Papeeté.

Momentos después, los flotadores perdían contacto con el agua. Ya estábamos en ruta hacia Wabe-Uyna.

Y mientras ganábamos altura, yo me pregunté, por enésima vez, desde la recepción del mensaje de Sigrid, dónde podía hallarse la «Mujer» en aquellos momentos.

CAPÍTULO III

—¿Qué distancia hay a Wabe-Uyna? —pregunté al cabo de unos minutos de vuelo.

La cabina estaba insonorizada y permitía una conversación en tono natural.

—Mil trescientos kilómetros —contestó Dufour.

—¿Lo que supone un tiempo de...?

—Unas cinco horas de velocidad económica. Voláremos a una media de doscientos sesenta a la hora. Podría ganar otra hora, pero sería a costa del combustible.

—¿Tendrá suficiente para el vuelo de ida y vuelta?

—Normalmente sí, con los tanques suplementarios. No obstante, de cuando en cuando, el capitán Grays me deja algunos bidones que lleva en su goleta. Hay un poblado indígena allí, ¿sabe?

—¡Ah! ¿Muchos nativos?

—Alrededor de trescientos. Buena gente, muy acogedores. Ellas sobre todo —dijo Dufour con una risita.

—Sí, las isleñas de los Mares del Sur tienen una bien ganada fama en ese sentido —convine cortésmente—. ¿Hay blancos en la isla?

—Algunos.

—Deme informes, François —rogué—. Voy a estar tiempo allí y quiero saber todo cuanto pueda antes de llegar a la isla.

—En el poblado solo hay un blanco: el dueño de la taberna. Se llama Red McCroo, un irlandés que llegó hace años allí, nadie sabe cómo. Está casado con una isleña, naturalmente.

—¿Una taberna en Wabe-Uyna? —exclamé, lleno de extrañeza—. Yo creí que eso estaría prohibido...

Dufour se encogió de hombros.

—¿En Wabe-Uyna? No pertenece a nadie, la isla me refiero, naturalmente, y el jefe Tho-Uau es muy libre de permitir o no la venta de licores.

—¿Con qué pagan a McCroo sus bebidas los isleños?

—Coral y perlas.

—McCroo se estará forrando —opiné.

—Hombre, se gana bien la vida. No vaya usted a creer que da una copa por una perla. Cada vez que un nativo le lleva una perla, él abre una cuenta corriente según el tamaño de la perla.

—Comprendo.

—Además, McCroo vende otras cosas que le lleva Grays, quien tiene una participación en la taberna. Tabaco, telas y cosas así.

—Es decir, McCroo y Grays son socios.

—Tanto como eso—... La participación de Grays es de un doce por ciento, creo. Al cabo del año, liquidan, porque los fletes de Grays importan también su dinerito.

—Es lógico. ¿Quiénes más residen en la isla?

—Un chiflado, John K. Hendon —contestó Dufour.

—¿Qué hace?

El piloto se encogió de hombros.

—No lo sé, no lo sabe nadie, ni siquiera Tho-Uau —respondió—. Hendon llegó un buen día a la isla, habló con Tho-Uau y se instaló en Punta Roja. Las rocas tienen allí casi color de sangre, ¿comprende?

—¿Hace muchos años?

—Algunos —dijo Dufour evasivamente.

—¿Qué me dice del doctor Frog?

—Otro chiflado, pero está en el lado opuesto de la isla. Tiene un laboratorio y Grays le lleva todo lo que necesita. Ni Grays ni yo sabemos para qué sirven los potingues que pide Frog. Ya sabe usted lo que pasa con los sabios.

—Sí, todos andan un poco tocados de la sesera —convine—. ¿Tiene algún ayudante?

—Un tal Mik Colpotter, pero diríase que le han arrancado la lengua... No habla ni a tiros. También hay un isleño que es el que se cuida de arreglar la casa y cocinar. Se llama Wahatou.

—¿Eso es todo, François?

Dufour tardó un poco en contestar.

—Los isleños se sienten celosos en los últimos tiempos —dijo al cabo.

—¿Por qué, François?

—Han ocurrido cosas raras: desapariciones de gallinas y perros y otros animales...

—¿Eso es raro? Habrá zorros en la isla.

Dufour soltó una risotada.

—No confunda a los cerdos con los zorros, señor Dearn —contestó.

—¿Entonces...?

—Si tiene tanta curiosidad por saberlo, hable con Tho-Uau cuando llegue. Yo no lo sé, francamente.

—Bueno, veremos —contesté sin comprometerme a nada.

Luego, la conversación languideció.

El asiento era muy cómodo y abatible. Lo eché un poco hacia atrás y, aburrido de ver siempre el mismo panorama de cielo y sol, dormité un rato.

El leve rumor de los motores y el ligerísimo silbido del viento al ser hendido por las alas constituía una agradable música de fondo. Así transcurrieron unas dos horas.

Abrí los ojos y saqué un cigarrillo, cansado también de dormir. Dufour me miró y sonrió.

—¿Sabe usted pilotar un avión, señor Dearn? —me preguntó.

—¿Por qué? ¿Va a dejarme los mandos?

—No. He puesto el piloto automático —contestó Dufour—. Era solo una pregunta de mera curiosidad. Excúseme un momento, por favor; voy al lavabo.

—Está bien, François.

El piloto se levantó. Dado que era un avión de ciertas características, resultaba lógico que poseyera lavabo.

Yo quedé en mi asiento, consumiendo plácidamente un cigarrillo. De pronto escuché la voz de Dufour.

—Señor Dearn.

Volví la cabeza. Dufour estaba junto a la portezuela, provisto de un paracaídas, con un gran bulto a los pies y una pistola en la mano.

—Me voy, señor Dearn —anunció tranquilamente.

* * *

Yo me revolví a medias en el asiento. Dufour movió la mano.

—Quédese quieto dónde está —ordenó.

—Así que se larga, ¿eh, François? —dije, con no menor tranquilidad que la suya.

—En efecto.

—Veo que lleva un paracaídas. ¿Quién le recogerá?

—Grays, a la noche. No hace ni diez minutos que hemos sobrevolado su goleta.

—Hay tiburones en estas aguas —advertí.

El pie de Dufour golpeó el bulto que había junto a la portezuela.

—Esto es una balsa que se hincha automáticamente.

—Lo tenía bien planeado, François.

—Sí, señor —admitió el piloto, sin dejar de sonreír.

—Ahora comprendo por qué me preguntó si sabía pilotar un avión.

—Celebro su agudeza, señor Dearn.

—¿Qué pasará después de que se haya lanzado? Me refiero al avión, por supuesto.

—Está conectado el piloto automático. Usted vuela recto hacia Wabe-Uyna, a dos mil seiscientos metros de altura. Pasará por encima de la isla y seguirá volando hasta que se agote el combustible.

—Muy interesante, François.

—Sí. Cuando se acabe la gasolina, el avión bajará el morro y...

—Adiós, señor Dearn.

—Exacto.

—Podría usted pegarme un tiro —sugerí.

—No me gusta la sangre, aunque lo haría, en caso necesario.

—Además, ¿quién sabe? podrían encontrar los restos del avión y mi cadáver en su interior, con una bala en la mano. Eso sería más difícil de explicar que el accidente, ¿verdad?

—Justamente, señor Dearn. Bien, que tenga un último feliz viaje —se despidió el piloto.

—¡Un momento! —llamé.

Dufour se disponía a abrir y me miró inquisitivamente.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Una sola cosa, François: ¿Quién le paga?

Dufour sonrió malignamente.

—Puesto que va a morir, ¿de qué le serviría saber algo que no va a poder ayudarle en nada? Repito: ¡Feliz último viaje!

Sin dejar de amenazarme con el arma, abrió la escotilla y lanzó con el pie el fardo de la balsa.

El rugido de los motores penetró atronadoramente en la cabina. Dufour hizo un alegre gesto de despedida con la mano y se lanzó al vacío.

Corrí hacia la escotilla y miré hacia abajo.

Dufour cayó a plomo unos centenares de metros. Luego tiró de la anilla de apertura.

El paracaídas salió de su bolsa, se estiró, aleteó, se desplegó. Luego se soltó de los arneses.

¿Escuché el grito de terror de Dufour?

El traidor piloto cayó a plomo hacia las profundidades del Pacífico, mientras el paracaídas, sin peso que sostener, revoloteaba lentamente en el aire.

La caída de Dufour duró lo que me pareció una eternidad. Al fin vi la chispita blanca que anunciaba el choque de su cuerpo contra las aguas.

Desde dos mil seiscientos metros de altura, pude ver luego los grandes círculos concéntricos que se ensanchaban muy lentamente alrededor de la pequeña mancha de espumas que señalaba el lugar del mortal impacto.

¿Qué habría pensado Dufour mientras caía?

Su mente se habría llenado de terror al darse cuenta de que había sido traicionado, porque el que le había pagado por asesinarlo no había querido que Dufour pudiera relatar un día su acción, bajo el influjo del alcohol.

El error de Dufour había consistido, sencillamente, en no revisar el paracaídas antes de ponérselo. Una ligera manipulación en los cordajes

había provocado su separación de los arneses en el momento del tirón, al abrirse la cúpula de seda blanca. Un asesinato, en suma, hábil, científica y perversamente calculado.

Pero el que había hecho tales cálculos había omitido uno muy importante.

Yo sabía pilotar.

* * *

A lo largo de los años, la experiencia me ha enseñado a no descubrirme por completo ante una persona que conozco hace poco o, sencillamente, de la cual desconfío.

Esta es la explicación de mi negativa a la pregunta de Dufour acerca de si sabía pilotar. Se comprenderá mejor si se tiene en cuenta que ya había sido objeto de un intento de asesinato.

Las preguntas se agolpaban en mi mente.

Para todas ellas, no había más que una sola respuesta: Evidentemente, había alguien interesado en impedir mi llegada a Wabe-Uyna.

¿Por qué?

¿Tenía ello alguna relación con la llamada del doctor Frog?

¿Había alguien que no quería que yo me entrevistase con mi amigo?

¿Qué hacía Frog en la isla?

Solo tenía una respuesta: Era preciso esperar.

Y llegar a Wabe-Uyna.

Reflexioné.

Dufour había dicho que yo sobrevolaría la isla. Bien, eso quería decir que alguien vería pasar el aparato alejándose, aproximadamente, hacia el Sudeste. Entonces, ese alguien sabría que Dufour había cumplido su parte.

Por mi profesión, tenía a veces necesidad de desplazamientos rápidos. El avión de línea era rápido, pero no siempre había grandes aeródromos a los lugares donde yo me dirigía.

En cambio, abundan los aeroclubs en los Estados Unidos, con sus campos de aterrizaje, donde pueden llegar y partir aviones más pequeños. Por eso yo tenía mi propio avión.

Además, había hecho un curso de vuelo nocturno y otro de vuelo sin visibilidad. Modestia aparte, soy un piloto bastante bueno.

Después de cerrar, no sin esfuerzo, la escotilla, empecé a hacer cálculos.

Habíamos despegado después de las diez de la mañana. El vuelo iba a durar cinco horas, consumiendo algo menos de la mitad del combustible.

Dufour había dicho que podía ir y volver a Wabe-Uyna sin necesidad de repostar, aunque siempre añadía un par de cientos de litros para un caso

de emergencia. Ello significaba que yo disponía de combustible para diez horas de vuelo, consumiendo, naturalmente, el contenido en los tanques suplementarios.

Por tanto, si volaba hasta agotar la gasolina, llegaría a la isla alrededor de las ocho de la noche. Iba a resultar aburrido, pero perfecto.

Lo único que sentía era que en Wabe-Uyna no encontraría a Sigrid.

CAPÍTULO IV

Rebasé la isla. Seguí hacia el Sudoeste.

Wabe-Uyna desapareció detrás de mí, en el horizonte. ¿Quién habría oteado el paso del avión con unos prismáticos?

El tiempo transcurrió lentamente, mientras el sol describía un arco en el cielo. A las seis puse proa a Wabe-Uyna.

Anocheció. Llegó la oscuridad. Salió la luna.

Ahora llegaba el momento más difícil. Mi acercamiento debía hacerse sin ruido.

La habilidad consistía en planear de modo que llegase a la costa con la velocidad adquirida. Para ello, subí a cinco mil metros de altura.

Corté el gas. Los motores se pararon. Podría ponerlos en marcha si era necesario. Todavía me quedaba combustible para cuarenta minutos de vuelo.

Una de las personas con quien pensaba hablar cuando llegase a la isla, era el capitán Grays.

Tenía que recoger a Dufour, pero no habría encontrado su cuerpo. ¿Estaba metido en el negocio?

Seguro. La única alternativa estribaba en saber si Dufour moriría o no.

El hidroavión planeaba bastante bien, aunque su descenso era bastante pronunciado. Francamente, no había hecho nunca una cosa semejante, pero sabía que mi vida estaba amenazada. Valía la pena correr un riesgo inferior para evitar otro mayor.

Además, como digo, si era preciso, pondría los motores en marcha nuevamente.

La silueta de Wabe-Uyna apareció ante mis ojos negra en la plateada claridad del mar. Parecía una gigantesca ballena varada en el Océano.

Se veían algunas luces. Yo estaba atento a los mandos, consultando el altímetro casi a cada segundo.

En los últimos instantes, tiré hacia atrás de la barra y nivelé el aparato. Los flotadores tocaron el agua con gran chasquido de espumas.

Respiré aliviado. Por el momento, me encontraba a salvo.

Movido por su propia inercia el aparato se acercó a la costa, deteniéndose a cincuenta metros escasamente. Se balanceaba sobre las olas con gran suavidad.

Delante de mí, a la izquierda, divisé unas luces, a cosa de ciento veinte metros de la orilla. Saqué mi equipaje y lo puse sobre el ala izquierda.

Luego busqué herramientas en el avión. No tardé en encontrar un

hacha, perteneciente al equipo de supervivencia.

Perforé los flotadores a hachazos. El agua empezó a entrar y el aparato inició su hundimiento. Agarré la maleta y la puse sobre el techo exterior de la cabina. Luego me subí yo.

La escotilla había quedado abierta. Cuando el agua entró dentro de la cabina, la velocidad de hundimiento se aceleró.

Esperé hasta que faltaron pocos centímetros para que el techo estuviese a nivel de las aguas. Entonces salté al mar.

La maleta flotaba, aunque precariamente. Nadé hasta la orilla, situada a unos treinta o cuarenta metros. Poco más tarde, ponía pie en tierra firme.

Una vez a salvo, volví la cabeza.

Respiré aliviado. La luz de la luna me permitía captar los detalles con la suficiente claridad como para darme cuenta de que no se divisaba fuera del agua el menor trozo de la estructura del hidroavión.

Probablemente se vería durante las horas de luz, pero ello ocurriría solo si alguien sabía que el aparato estaba hundido a cincuenta metros de Wabe-Uyna y no a seis o setecientos kilómetros como sospechaba quien había ordenado mi muerte.

Por cierto, ¿quién era esa persona?

Empapado de agua, inicié la marcha hacia el alojamiento del doctor, en el que se advertían algunas luces encendidas. No tardé en situarme en sus inmediaciones.

Era una casa de bambú, de regulares dimensiones y planta baja. Me acerqué a una de las ventanas y miré desde uno de sus ángulos.

Entonces fue cuando me llevé una de las mayores sorpresas de mi vida.

Sí, el doctor Frog estaba allí, ciertamente. Acompañado.

Un hombre y una mujer. El hombre debía de ser su ayudante Colpotter, a juzgar por la bata blanca que vestía.

La mujer era...

* * *

Vestía del modo convencional con que se suelen representar las mujeres piratas en las comedias ligeras o en las historietas gráficas: blusa de manga cortil, muy ceñida al busto firme y arrogante, pantalones muy cortos, sujetos con un ancho cinturón negro, del que pendía una funda de pistola, y botas altas, de caña muy blanda, que caían parcialmente hacia abajo.

El pelo estaba sujeto con un pañuelo rojo. En la mano tenía un cigarrillo y su apariencia era muy distinta de la dulce y hechicera que yo conocía.

Ahora, Sigrid Kunstane —¿cómo había llegado hasta la isla?—,

aparecía altanera y dominadora. Mi amigo Frog estaba sentado a una mesa y escuchaba con aire humilde y contrito lo que parecía un enérgico rapapolvo.

En cambio, el ayudante Colpotter, un hombre joven, de unos treinta y seis años, parecía satisfecho de lo que escuchaba, complacido del sofión que estaba recibiendo mi amigo. Era la viva estampa del incapaz adulador y rastrero, que quiere ganar cepillando espaldas lo que no es capaz de conseguir por propios méritos.

Dejé la maleta en el suelo. Saqué una navaja de mi bolsillo empapado y levanté suavemente el bastidor de la ventana.

—Está usted perdiendo el tiempo con sus estúpidos experimentos, doctor —decía Sigrid en aquel momento—. No se le paga para que derroche tiempo y materiales, sino para que consiga resultados, ¿estamos?

—Lo siento —contestó mi amigo humildemente—. Yo hago lo que puedo... y trabajo muchas horas al día, créame, señorita Kunstane.

Sigrid estaba casi completamente vuelta de espaldas a mí. Pero, ¿qué demonios hacía en la isla?

—Tendrá que actuar con mayor rapidez —dijo Sigrid imperativamente—. No podemos esperar ya más tiempo. Demasiado hemos perdido.

—Señorita, yo soy un científico que hace todo lo que puede. No es culpa mía si las cosas no salen tan bien como podría esperar. Es preciso tener paciencia...

—Paciencia, paciencia —dijo Sigrid sarcásticamente—. Eso es lo que estoy oyendo cada vez que vengo a visitarle. Y, ¿qué resultados puede ofrecernos hasta ahora? Solo fracasos, rotundos fracasos, sin el menor atisbo de esperanza. Doctor, esta es la última vez que se lo pido. Haga algo o tomaremos una resolución con usted.

—Señorita Kunstane.

El ayudante había roto su silencio. Sigrid se volvió hacia él y entonces fue cuando me llevé la segunda sorpresa de la noche.

No era Sigrid. Sin embargo, se le parecía lo suficiente como para confundirlas, máxime vista a primera impresión o de un modo deficiente, cómo me había sucedido a mí.

—Diga, señor Colpotter.

—Tenga en cuenta, señorita Kunstane, que un trabajo científico, y más de experimentación como el que lleva a cabo el doctor Frog, no se puede comparar a un trabajo mecánico, en el que se puede fijar un plazo determinado para su terminación. En el caso que nos ocupa —siguió hablando Colpotter con pedantesco acento— se necesitan miles y miles de experimentos antes de llegar al resultado definitivo.

—Según mis informes, lleva ya más de cuatro años trabajando en este asunto, sin que, hasta ahora, haya conseguido otros resultados que asustar a

los isleños inútilmente. ¿Cómo quiere que nos sintamos después de tantos sacrificios?

—Sea paciente —sonrió Colpotter—. Todo llegará, señorita Kunstane... y muy probablemente, más pronto todavía de lo que usted cree.

Aquellas palabras parecieron amansar a la hermana de Sigrid, porque ahora no me cabía la menor duda acerca del parentesco. Pero mientras la una era atractiva por su dulzura, la otra resultaba antipática por su orgullo y despotismo, aun siendo, como Sigrid, una auténtica belleza.

—Está bien, profesor Colpotter —dijo la hermana de Sigrid—. Fiaré en su palabra, puesto que usted tiene mejores motivos que yo para conocer el estado de la cuestión. Y ahora que ya hemos terminado de hablar, tendrán que dispensarme; he de volver a Punta Roja.

—La acompañaré, si no tiene inconveniente, señorita Kunstane.

—Ninguno, profesor —accedió la hermosa mujer—. Adiós, doctor.

Mi amigo Frog no se molestó en contestar. La hermana de Sigrid y Colpotter desaparecieron por la puerta del fondo.

Yo empecé a reflexionar.

Colpotter no me agradaba ni tanto así. En él se hacía carne el viejo aforismo de «La cara es el espejo del alma», y si Colpotter no era un traidor, yo era un lama del Tíbet.

Había llegado a la isla alrededor de las ocho de la tarde. Por el momento no me convenía ser visto. Antes quería hablar largo y tendido con mi amigo.

Esperaría, resolví finalmente.

Y entonces fue cuando sentí en mi nuca el poco consolador contacto de un frío cañón de pistola.

—No se mueva, señor —susurró una voz a mis oídos—. No se mueva o le sacaré los sesos por la frente.

* * *

No es que no me moviera, sino que me quedé tan tieso como una estatua. Aquella intimación era para mí algo absolutamente inesperado.

La mano izquierda del sujeto tanteó mis bolsillos.

—No lleva armas —dijo, evidentemente sorprendido.

El revólver dejó de apoyarse en mi cabeza. Entonces, actuando con singular rapidez, doblé las rodillas, al mismo tiempo que iniciaba un velocísimo giro sobre mis talones.

Mi codo izquierdo se hundió en el estómago de mi atacante, arrancándole un gruñido de dolor. Levanté el antebrazo derecho y le golpee en la mandíbula, lanzándole a tres pasos de distancia.

El sujeto rodó por tierra, ya desarmado, pero se recuperó en el acto y

saltó de nuevo hacia mí. La recepción consistió en un uno-dos de terroríficos resultados.

Respiré hondo y me agaché a recoger el revólver, que brillaba sobre el suelo. Lo guardé en la pretina del pantalón y luego calculé mis posibilidades.

Fuera quien fuera aquel sujeto, no era amigo. De pronto, me di cuenta de que se trataba de un isleño.

Rasgué sus ropajes y los hice tiras, con los cuales le até y amordacé sólidamente, llevándolo después tras unos matorrales cercanos. Mientras realizaba aquella labor, escuché el ruido de un automóvil que arrancaba en dirección al lado opuesto de la isla.

Una vez hube terminado mi tarea, me dispuse a dejar pasar el tiempo. Quería que mi primera conversación con Frog se realizara a solas, con entera libertad y sin coacciones de testigos inconvenientes.

CAPÍTULO V

La habitación estaba a oscuras. Se oía claramente ruido de la respiración del durmiente.

Entré sin hacer ruido y corrí las cortinas. Luego, a tientas, busqué el interruptor de la luz.

Frog se despertó en el acto.

—¿Eh? ¿Quién anda ahí?

—Calma, viejo amigo —dije a media voz—. No grites. Soy yo. Owen Dearn.

Frog se sentó de golpe en la cama.

—¡Cielos! ¡Owen! Pero, ¿cómo...?

Le dirigí una amistosa sonrisa.

—Luego te contaré —respondí—. ¿Tiene llave la puerta de tu cuarto?

—Por supuesto.

Cerré con doble vuelta.

—Bien —dije, a la vez que buscaba cigarrillos sobre la mesilla de noche; los míos habían quedado empapados por la inmersión—, ya estoy aquí. Habla. Dime qué te pasa. Cuéntame qué te hizo llamarme con tanto apremio.

Frog se pasó una mano por la frente.

—Quieroirme de esta maldita isla, a la que no debí haber venido jamás —contestó—. Ellos, sin embargo, no me dejan.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó.

—Warrod Lask, y Melissa Yark e Ilse Kunstane... y toda la corte de granujas y rufianes que pulula en torno a ellos y que están al servicio exclusivo de John K. Hendon.

—El dueño de Punta Roja.

—Sí. Es el dueño de ese trozo de tierra, pero se puede decir que es el dueño también de esas personas que te he citado. Prácticamente, también la isla es suya, aunque no lo sea de un modo legal.

—Y tú quieres marcharte, pero no puedes.

—Exactamente, Owen.

—¿Cómo te lo impiden?

Mi amigo soltó una amarga carcajada.

—¿Cómo me lo impiden? Sencillamente, prohibiéndome el acceso a cualquier embarcación y mucho menos a la goleta del capitán Grays o al hidroavión un tipo que me mira de reojo. Y lleva un arma para mí, pero cuando me acerco a la costa, siempre asoma un tipo que me mira de reojo y

lleva un arma para disuadirme de poner siquiera los pies en la arena de la playa.

—No está mal —dije—. Pero ese encierro tendrá sin duda algún motivo.

—Lo tiene —contestó Frog—. Mis experimentos científicos.

—¿En qué consisten?

Antes de responder, Frog encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

Estaba cambiadísimo, observé. La última vez que nos habíamos visto era un hombre todavía joven y bastante atractivo a sus cuarenta años. Ahora, solo cuatro después de nuestra última entrevista, aparentaba tener sesenta.

—Tú ya sabes que mi especialidad es la biología —empezó diciendo—. Había obtenido algunos notables éxitos en la investigación acerca de las células vivas y parecía que mis trabajos iban por buen camino. Un día recibí una carta.

»Iba sin firma y acompañada de un cheque de cien mil dólares, así como suena, Owen. En la carta se me decía que conocían mis trabajos y que había una persona que deseaba ayudarme en mis experimentos científicos. Mencionaban también mis dificultades económicas y se ofrecían a subvencionarme, bajo la única y exclusiva condición de montar mi laboratorio en esta isla, a la que serían transportados cuantos materiales y elementos pudiera necesitar.

»Vacilé, pero acabé aceptando. Todo sucedió como en sueños. Un tal Warrod Lask se presentó como representante del autor de la carta y se ofreció para ayudarme en el traslado, el cual no iba a costarme un solo centavo, como así fue.

»Ahorrando palabras, a los dos meses estaba instalado en esta isla, donde el laboratorio se montó según mis especificaciones, sin ahorrar un solo centavo. Y no ha resultado barato el montaje, créeme.

Encendí otro cigarrillo.

—Te creo —dije—. Continúa, Hermes.

—Bien, el tiempo continuó pasando y yo creía marchar por buen camino. Pero poco a poco empecé a notar cosas que no me gustaban.

—¿Por ejemplo?

—La corte que rodea a Hendon. Su extraña casa y su todavía más extraño parque. Sus manías. Muchas cosas raras, en fin, que no terminaría si tuviera que contártelas todas. En estas condiciones, me era imposible concentrarme en más de una ocasión y tuve fracasos. Ello me hizo sentir más que hastío, desesperación, y empecé a hablar de marcharme de la isla.

»Me lo prohibieron. Intenté hablar con el capitán Grays. No pude. Traté de convencer a los isleños. Lo conseguí con uno, quien pudo preparar una

canoa con agua y provisiones para una larga travesía. Cuando fui a reunirme con él en el lugar acordado, solo encontré la canoa hundida en varios metros de agua. Desesperado hasta la locura, te pedí socorro.

—Un momento —exclamé—. Si no quieren que salgas de la isla, tendrán vigilado todo tu correo.

—Sí, es cierto.

—En tal caso, ¿cómo me enviaste el mensaje?

—Wahatou, mi sirviente personal, me es absolutamente fiel. Pudo convencer a uno de los tripulantes del capitán Grays para que te enviase el mensaje desde Papeeté.

—Ahora lo entiendo —dije—. Hermes, viejo amigo, siento haber tardado tanto, pero estuve algo enfermo y estaba haciendo un crucero de recreo y descanso. Tu radiograma me fue reexpedido al barco en que viajaba que, por afortunada casualidad, se dirigía precisamente a Papeeté.

—Pero, ¿cómo has llegado hasta aquí? —exclamó Frog—. La goleta del capitán Grays no llegará hasta la semana próxima...

—Es un poco largo de contar —sonreí—. Ahora dime cuáles son tus trabajos, por los cuales y a juzgar por lo que he oído, Hendon está gastándose una fortuna.

—Rejuvenecimiento de las células —contestó Frog.

—Entiendo. Eso significa prolongar la juventud, ¿no?

—En el caso de Hendon, prolongar la vida y, además, recuperar en buena parte su juventud, que duraría...

—Duraría, ¿cuánto, amigo mío?

Los ojos de Frog centellearon de un modo extraño.

—Si mis experimentos dieran resultado, la existencia de Hendon tendría una duración ilimitada.

* * *

La inmortalidad.

Tal era el significado de las palabras de mi amigo.

Y ello explicaba los motivos por los cuales habían atentado contra mi vida.

Frog no debía salir de la isla mientras no hubiese concluido satisfactoriamente sus experimentos.

Si yo venía a ayudarle a escapar, les estorbaba. El medio mejor de librarse de un estorbo ha sido siempre su supresión.

Miré a mí amigo con ojos absortos.

—¿Estás seguro de lo que dices? —pregunté.

Frog asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Los experimentos que he realizado no dejan lugar a dudas —

contestó.

—En ese caso —dije, no muy convencido a pesar de todo—. Hendon debe de ser muy viejo.

—Pues no lo creas. Tiene setenta años y no se conserva mal del todo, pero aún podría sentirse mejor si no hubiese tenido una vida tan ajetreada con sus negocios. Además, tiene un miedo horroroso a la muerte; es un miedo visceral, una obsesión enloquecedora, que le hace recurrir a todos los medios con tal de prolongar su existencia.

»Por si fuera poco, siente también horror de las gentes. Solo están con él unos cuantos que le adulan y halagan ridículamente y satisfacen en el acto el menor de sus caprichos. Tiene la manía de que va a ser objeto de un atentado el mejor día, por parte de algunos de sus competidores en los negocios, y por eso tiene siempre al lado a un par de guardaespaldas:

—En resumen, un maniático.

—Sí, pero que ya me tiene harto —contestó Frog casi violentamente—. No quiero seguir más en la isla eso es todo. ¿Me ayudarás, Owen? —pidió mi amigo con gran ansiedad.

—Haré lo que pueda, pero deberás tener paciencia como le recomendabas hace poco a la señorita Kunstane.

—¿Cómo? ¿Has oído nuestra conversación? —respingó Frog.

—Sí —contesté sonriendo—. Tenemos mucho de qué hablar todavía, pero antes quiero que me digas una cosa, Hermes.

—Tú dirás, Owen.

—¿Quién es esa Kunstane? ¿Qué hace aquí?

—Su nombre es Ilse y es la otra mitad de Warrod Lask, sin ser su esposa.

—Su amante.

—Y su socia en el negocio de despojar a Hendon.

—Entiendo. ¿Sabes si también tienen vigilaba tu casa?

—Imagino que sí. ¿Te han visto?

—Un hombre. Me amenazó con una pistola, pero pude desarmarlo. Lo tengo ahí fuera, atado y amordazado.

—¡Demonios! —se sobresaltó Frog—. Eso puede meterme en un serio compromiso.

—Estás metido ya —dije con una sonrisa—, así que no te preocupes por una minucia. Otra cosa, Hermes.

—¿Sí, Owen?

—¿Qué opinión tienes de Colpotter?

—Buena, inmejorable. ¿Por qué me lo preguntas, Owen?

—¡Hum! —dudé—. Yo no me fiaría de él, ¿sabes?

—Pero, Owen...

—Lo que te digo, Hermes. No es sujeto de fiar. Soy doce años más

joven que tú, pero tengo experiencia en conocer a la gente por su cara... y la de Colpotter es la de un traidor refinado.

—Me dejas de una pieza, Owen. Jamás habría sospechado nada de él.

—Lo mío no es sino un presentimiento —contesté—. ¡Ojalá no se confirme!

Hice una pausa y añadí:

—Imagino que me habrías preparado un alojamiento, ¿no?

—Por supuesto, aunque siempre pensé que tu estancia en la isla sería muy breve. Llamaré a mí sirviente para que te enseñe tu cuarto, Owen.

Frog saltó de la cama y se puso una bata. Salió del dormitorio y volvió a los pocos minutos, con aire de gran desconcierto.

—Es extraño —dijo—. Wahatou no está en su cuarto.

Una horrible sospecha invadió mi mente en el acto.

—Me parece que ya sé quién es el tipo que me apuntaba con su revólver —dije con acento lastimero.

* * *

Wahatou se tocó la mandíbula un par de veces y haciendo una mueca, dijo:

—Pega usted muy fuerte, señor Dearn.

—Y eso que todavía no estoy repuesto del todo —contesté—. Wahatou, te pido perdón humildemente.

—No es necesario que se disculpe, señor —contestó el isleño con gran amabilidad—. Usted hizo lo que cualquiera otro habría hecho en su lugar.

—Y tú cumplías con tu deber vigilando celosamente la casa del doctor. Bien, Hermes —me despedí de mi amigo—, mañana nos veremos y continuaremos la charla. Wahatou me contará algunas cosas más que tú probablemente ignoras.

—¿Ignorar yo, si lo sé todo? —se sorprendió Frog. Me eché a reír.

—Hermes, puede que seas un gran sabio, pero tienes un conocimiento de la vida más que exiguo. Cosas que para ti son más que normales, para un tipo desconfiado como yo, que además ha sufrido dos atentados en pocos días, resultan valiosos indicios que permiten llegar al total esclarecimiento de la verdad.

—No sabía que habían atentado contra ti, Owen —dijo el doctor, sinceramente asombrado.

—Por dos veces y en ambas ocasiones, queriendo quitarme de en medio —contesté—. Pero ya hablaremos otro rato. ¿Vamos, Wahatou?

—Sí, señor Dearn.

Una vez en mi habitación, empecé a disparar preguntas.

Wahatou contestó sin vacilar, llana y concisamente. Así pude enterarme

de una infinidad de cosas, dos de las cuales llamaron especialmente mi atención.

Una de ellas se refería a la posesión de Punta Roja y, a juzgar por lo que me informó Wahatou, era tan inaccesible como si estuviese en la Luna.

La otra se refería al marinero que había llevado el mensaje de mi amigo a Papeeté.

Había salido de la isla, ciertamente, como tripulante de la goleta del capitán Grays. Pero no había vuelto.

La explicación oficial era que un golpe de mar lo había arrebatado de cubierta durante su guardia nocturna en el timón.

La explicación menos oficial resultaba muy sencilla de hallar: el marinero amigo de Wahatou había sido asesinado.

CAPÍTULO VI

Dormí hasta bien entrada la mañana. Descansé estupendamente, con el rumor de las olas golpeando contra los acantilados cercanos como música de fondo. Luego, cuando me hube levantado, despaché un sustancioso desayuno que me sirvió Wahatou y que me dejó como nuevo.

Estaba terminando cuando oí voces destempladas no muy lejos del comedor. Me puse en pie, a la vez que Wahatou, alarmado, salía de la cocina.

—Es en el laboratorio —dijo.

Una de las voces pertenecía a Frog. La otra, indudablemente, era de Colpotter.

La puerta del laboratorio, si bien opaca, estaba hecha de cañas de bambú, que permitían la fácil salida de los sonidos. A juzgar por lo que se escuchaba, Frog estaba verdaderamente encolerizado.

—¡Traidor! —rugió mi amigo—. Eso es lo que usted es, Colpotter, un repulsivo y asqueroso traidor, ¿me ha oído?

—Pero, doctor, usted me dijo...

—¡No le dije nada! —vociferó Frog, fuera de sí—. Usted lo ha hecho por propia iniciativa, como ha sucedido en anteriores ocasiones. Ahora comprendo el fracaso de mis experimentos, cada vez que estaba a punto de alcanzar el triunfo.

—Usted se equivoca, doctor —insistió Colpotter.

La mano de Frog palmeó con fuerza una mesa.

—¿Le dije que añadiera la dosis alimenticia numere dos al séptimo tanque? ¿Está escrito en mis notas que la dosis alimenticia número cuatro ha de ser añadida al tanque número catorce? ¿De dónde se ha sacado usted esas operaciones, quiere decirme, repugnante y corrompido traidor?

—¡No me insulte usted, doctor! —chilló Colpotter, que sin duda debía de estar lívido de rabia.

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Las células muertas debían estar vivas y con un tamaño un tercio superior al que tenían! Y usted, al colocar la dosis alimenticia en su solución vital, las ha matado. ¿Está claro?

—Hombre, doctor, yo solo quería ayudarle... Una equivocación la puede tener cualquiera fácilmente...

—Usted, no, Colpotter; usted no se ha equivocado, sino que ha actuado con plena deliberación, traicionándome intencionadamente. Cada vez que estaba a punto de llegar a la culminación de mis trabajos, usted hacía algo que lo estropeaba todo.

—No es cierto...

—¡No me contradiga! —tronó Frog—. Alguien me advirtió anoche que usted era un traidor. Por eso me levanté hoy más pronto de lo ordinario y le vi manipulando el tanque número catorce, que *no debía haber tocado hoy para nada*.

Aquella era una acusación muy seria. Me pregunté cómo se defendería Colpotter.

Pero Frog continuó hablando:

—Le diré por qué ha hecho todo eso. Usted quiere que fracasen mis experimentos. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que cuanto más tarde, más podrán exprimir usted y su cuadrilla de cómplices a ese idiota de Hendon. Si Hendon hubiese iniciado el tratamiento hace un par de años, como debiera haber ocurrido, sería ahora un hombre distinto y les habría enviado a todos a paseo.

»Sí, anoche vino Ilse Kunstane a exigirme rapidez en los experimentos, pero no era más que una comedia destinada a impresionarme. Mientras ella me amenazaba, usted simulaba ponerse de mi lado... ¡para traicionarme esta misma mañana! ¿Ha quedado suficientemente claro, Colpotter?

—¡Maldito imbécil! —gritó el ayudante, fuera de sí—. Te juro que no lo podrás repetir a nadie...

Yo me di cuenta de que la cosa empeoraba y abrí la puerta de golpe, justo en el momento en que Colpotter, blandiendo un bisturí, se arrojaba sobre mi amigo.

La distancia era grande. Yo no llegaría a tiempo de impedir el golpe fatal.

Pero una bala es siempre más rápida que las piernas. A mi derecha, Wahatou disparó el revólver que yo le había devuelto en la madrugada.

Colpotter pegó un tremendo salto, con la sorpresa pintada en el rostro. Cayó, perneó un poco y luego se quedó quieto.

* * *

Un profundo silencio sucedió al estampido del revólver. Frog nos miró con ojos extraviados.

—Ese... miserable... quería matarme... —balbuceó, tan pálido como el hombre que se desangraba a sus pies.

Avancé hacia Colpotter y el tomé el pulso. Su corazón había dejado de latir.

Recogí el bisturí y lo dejé sobre la mesa. Vagamente divisé una larga hilera de tanques llenos de líquido, pero no estaba para fijarme en aquellos momentos en detalles del laboratorio.

—De modo que te traicionaba ¿eh? —dije.

Frog se pasó una mano por la frente.

—Sí —contestó, todavía muy deprimido—. Nuestra conversación de la noche pasada resultó altamente reveladora. Apenas pude dormir después y por eso madrugué fuera de lo usual. Entonces fue cuando sorprendí a Colpotter... pero no le dije nada, hasta que observé los resultados de su acción.

¡Sangrienta ironía! Se buscaba la fórmula de la inmortalidad... y un hombre había muerto en el lugar donde debía salir una vida sin límites.

Procuré recobrar la serenidad.

—Wahatou, tenemos que quitarnos este estorbo de en medio —dije—. ¿Qué procedimiento es el más adecuado?

—Tiburones —respondió el isleño.

—¿Hay tiburones por estas costas?

Wahatou sonrió.

—No le aconsejo un baño en el mar si no está acompañado por dos o tres buceadores —contestó.

Yo me estremecí. La noche anterior había nadado cincuenta metros en el mar. Pensar que un escualo podía haberme dejado sin una pierna de una dentellada puso frío en mi espalda.

—Bien, lo lanzaremos al agua —convine.

—A la noche —sugirió Wahatou.

—De acuerdo. Ahora lo pondremos en un lugar oculto y...

De pronto, sentí una gran alarma.

—¡El disparo habrá sido escuchado! —exclame.

—No hay cuidado —contestó Wahatou—. El poblado está a dos kilómetros y medio y no hay nadie en el camino.

—Bueno, eso resuelve en parte la solución.

Frog estaba sentado en el taburete, con la cara apoyada en las mejillas. Wahatou y yo cargamos con el cadáver de Colpotter y lo dejamos en un cuartito que no se usaba, cubierto con una manta, hasta la noche, en que lo arrojaríamos al mar para pasto de tiburones.

Era duro tener que obrar así, como criminales, pero resultaba absolutamente necesario. Lo peor vendría después cuando alguien preguntase por Colpotter.

En aquellos momentos, sin embargo, era un problema secundario. Ya lo resolveríamos a su debido tiempo.

Regresamos al laboratorio. Wahatou iba a encargarse de dejar el suelo limpio.

De pronto, al entrar nosotros, Frog se puso en pie de un salto. Sus ojos relucían de un modo extraño:

—¡Ahora ya lo tengo! —gritó—. Ahora que no tengo miedo a que me traicionen, conseguiré mis propósitos. Los convertiré en realidad. Fabricaré

la fórmula de la inmortalidad...

Miré a mi amigo con pena.

Hendon era un demente, queriendo prolongar su existencia más allá de unos límites razonables.

Pero, a fin de cuentas, no era un científico y sí un tipo con mucho dinero.

En cambio, mi amigo poseía una sólida formación científica. ¿Cómo era posible que creyese en semejantes disparates?

La respuesta no era más que una: Frog estaba tan loco como Hendon.

* * *

—¡Hola, amigo!

Mi saludo fue desenvuelto, cordial. Lo hice a las veinticuatro horas de la muerte de Colpotter.

Había un hombre tras el mostrador del bar del poblado. Red McCroo me miró con ojos desorbitados por el asombro.

Estoy seguro de que en aquel momento creía ver un difunto resucitado.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó.

Su asombro era lógico. No había arribado la goleta del capitán Grays, tampoco había llegado ningún hidroavión, ¿de dónde diablos había salido yo entonces?

Debía de creer que me había traído alguna bruja en su escoba.

—Usted es Red McCroo —dije—. Me llamo Owen Dearn. ¿Qué tal, Red?

—Muy bien, se... señor Dearn. Bienvenido a la isla. ¿Quiere tomar algo?

—Póngame un doble de escocés si lo tiene —pedí.

—Por supuesto. ¿Hielo?

Levanté las cejas.

—¿Dispone de refrigerador?

—Claro —sonrió McCroo, empezando a reponerse de la sorpresa—. Hay un generador de electricidad en la isla.

—Ah, no lo sabía.

—Está en Punta Roja, pero el dueño permite que utilicemos parte de la fuerza que produce.

—Comprendo. Red, ¿cuándo llega el capitán Grays?

—Dentro de tres días, si no ocurre nada, señor Dearn. ¿Tiene que darle algún mensaje?

—No, simplemente hablar con él, cuando llegue —levanté el vaso que McCroo me había servido entre tanto—. Salud, Red.

—Gracias, señor Dearn.

Observé que McCroo se había asombrado en un principio, pero ahora, rehecho, no me hacía ninguna pregunta acerca del medio que yo había utilizado para llegar a Wabe-Uyna. Un tipo discreto donde los haya, sí, señor.

Y, seguramente, cómplice de Warrod Lask, Melissa Yard, la hermana de Sigrid y demás pandilla.

Grays, otro cómplice también. No cabía la menor duda. Hendon era una fuente inagotable de dinero.

Pero quizá yo, en su lugar, habría derrochado también mi fortuna. ¿Qué hay en este mundo comparable a la juventud?

—¿Debo pagarle en dinero o con alguna perla, Red? —pregunté con una sonrisa.

McCroo sonrió también.

—Está muy enterado de la forma en que hago mis intercambios con los isleños —dijo—. Como no tiene ninguna perla en el bolsillo, deme un dólar.

Y, a guisa de aclaración, añadió:

—Los transportes son caros, señor Dearn.

—Comprendo, Red —dejé un billete sobre el mostrador—. Ha sido un placer.

—Lo celebro infinito, señor Dearn. ¡Feliz estancia en Wabe-Uyna! —me deseó, cuando salía.

Uno no vive en un lugar donde hay que ganar cada dólar con uñas y dientes sin aprender a conocer rápidamente de qué pie cojea cada tipo con el que ha de enfrentarse. Por dicha razón, apenas salí del bar-tienda, di media vuelta y doblé la próxima esquina.

El edificio estaba construido, como todos los del poblado, sobre pilotes hincados en el suelo, del que estaba separado cosa de un metro. Las ventanas, por contra, tenían los antepechos muy bajos.

Me acerqué a una ventana que estaba abierta. Desde el bar había entrevisto algo y quería confirmarlo.

Había un teléfono. McCroo no tardó en utilizarlo.

—¿Es usted, señor Lask? Soy Red... Escuche, tenga noticias para usted... Ha llegado Owen Dearn... ¿Qué cómo ha...? ¿A mí qué me dice? Habrá llegado cabalgando en la escoba de una bruja... No, no sé más que eso, pero, francamente, me ha dejado pasmado... ¿Cómo diablos iba a hacerle preguntas? Está aquí, es todo lo que sé; el resto es cosa suya. Bien, de nada, señor Lask... Ah, espere un momento; creo que oigo ruido de motor... Debe de ser el aparato que esperamos...

Ya no quise seguir escuchando más.

Con lo que había oído tenía más que suficiente. Rodeé el edificio y me situé en un lugar discreto.

Un hidroavión planeaba hacia las aguas de la tranquila bahía en la cual se hallaba el poblado. Momentos después, sus flotadores rozaban la arena de la playa.

Unos isleños sujetaron la amarra al tronco de un árbol. Dos personas descendieron del aparato y saltaron a la arena.

Una de ellas era Mynser.

La otra era la «Mujer».

Sigrid Kunstane.

Me dolió. Ella me había salvado la vida, pero pertenecía a la cuadrilla de expoliadores que estaban despojando a un viejo maniático que no se resignaba a abandonar este mundo cuando le llegase su hora.

Un *jeep* llegó en aquel momento y en él embarcaron Sigrid y Mynser. Dos isleños colocaron los equipajes y el vehículo partió de inmediato hacia Punta Roja.

En aquel momento me hice el firme propósito de ver a Sigrid costase lo que costase. Sentía la absoluta necesidad de hablar con ella y dejar las cosas bien aclaradas.

Me disponía a regresar a casa de mi amigo, cuando, de pronto, un isleño me salió al paso.

—¿Señor Dearn?

—Sí —contesté.

—Soy Tho-Uau, jefe de este poblado —se presentó el nativo.

CAPÍTULO VII

Era evidente que Tho-Uau quería hablarme. Tratábase de un hombre de mediana edad, pero fuerte y bien conservado todavía. Su aspecto poseía cierta majestuosidad natural, no exenta de llaneza. En él no se veía la menor afectación, pero también se advertía firmeza y energía.

—Estoy a sus órdenes —contesté.

—Se trata de su amigo. Usted ha venido a llevárselo de la isla.

—Ese es mi propósito —contesté—. Pero...

Tho-Uau no me dejó seguir hablando.

—Lléveselo cuanto antes, señor —pidió—. Hubo un tiempo en que apreciábamos al doctor Frog. Ahora lo detestamos. Es más, muchos lo consideran como el propio demonio.

—Pero, Tho-Uau...

—Si usted se lleva al doctor, los demás blancos acabarán por irse. Acogimos a todos con benevolencia, pero cometimos un grave error. Haga lo que le pido y le consideraremos para siempre como un buen amigo.

—Lo intentaré —respondí, impresionado por aquellas palabras.

—Tiene que conseguirlo —dijo el isleño—. Para que usted viniera aquí, un muchacho muy apreciado murió vilmente asesinado. Ya que murió, no haga que su sacrificio resulte estéril.

—Usted se refiere al tripulante que llevó el mensaje de Wahatou a Papeeté.

—Sí, el mismo.

—Quien lo mató, pagará su crimen, Tho-Uau —aseguré solemnemente—. Pero usted habrá de permitirme que le diga una cosa, no sin antes haberle prometido que trataré de hacer lo que me pida.

—Por supuesto, señor Dearn.

—No será fácil sacar de la isla al doctor. En parte por inconvenientes ajenos y en parte por los que el mismo oponga. Ahora, más que nunca, quiere continuar sus experimentos que ustedes califican obra del demonio. Pero, insisto, procuraré llevármelo de aquí, si bien le pido el favor de rogar a sus paisanos un poco de paciencia.

Tho-Uau inclinó la cabeza.

—La verdad se percibe claramente en sus palabras, señor Dearn. Seremos pacientes, puesto que usted lo pide... pero no olvide nuestra solicitud.

—La tendré presente en cada minuto de mi estancia en Wabe-Uyna —contesté solemnemente.

Tho-Uau se alejó con paso medurado. Yo di media vuelta y empecé el regreso a casa de mi amigo.

La tarea que me había asignado a mí mismo no iba a resultar fácil, porque ahora que ya no tenía a nadie que le traicionase, Frog intentaría por todos los medios conseguir el fruto de sus experimentos.

Pero, ¿quién podía creer que una simple droga obrase el milagro de la inmortalidad?

Y, de repente, se me ocurrió una idea al respecto, que me hizo reír a mandíbula batiente. Estuve riendo mucho rato, palabra.

El paseo me sentó bien. Llegué a casa y Wahatou me informó de que Frog continuaba encerrado en el laboratorio.

—No le gusta que le molesten mientras trabaja —dijo—. Lo más que hago es abrir la puerta y dejarle un plato de comida sobre la mesa más próxima. A veces vuelvo luego y me lo encuentro intacto.

—Bien, Wahatou, no importa. Ahora, por favor, repítame una vez más las características de Punta Roja.

—¿Piensa ir allí? —me preguntó el isleño.

—Sí, Wahatou.

—Le deseo mucha suerte, pero, francamente, si entra allí, ya no saldrá vivo —dijo Wahatou con lúgubre acento.

Le pegué una palmada en la espalda.

—Levanta el ánimo, hombre —dije—. Con tus consejos y la ayuda que me prestes, verás cómo entro y salgo de Punta Roja como si fuese mi propia casa.

* * *

La isla medía unos doce kilómetros de punta a punta en su sección alargada y cinco de anchura. Yo salí antes del atardecer, seguro de que Wahatou se encargaría del cadáver de Colpotter. Llevaba una bolsa de lona con algunos adminículos que estimé necesarios.

Parte de ellos los había conseguido en el laboratorio, en el que entré sin hacer caso de las protestas de mi amigo. Otros me los había proporcionado Wahatou. Además, llevaba unos prismáticos, procedentes del hidroavión del traicionado Dufour.

Caminé a buen paso, haciendo un alto a la mitad del recorrido para descansar. Cuando llegué a la vista de Punta Roja era ya de noche, naturalmente.

Habiendo salido de día y empleado dos horas y media en el viaje, eran ahora poco más de las nueve. Las luces de la casa estaban encendidas en su casi totalidad.

Busqué un buen puesto para observar y, al mismo tiempo, descansar

antes de realizar mi proyectada incursión. Los prismáticos me sirvieron de mucho.

Se necesitaba humor, mejor dicho estar completamente chiflado para hacerse construir una casa de semejantes características en una isla de los Mares del Sur. Era un edificio pesado, amazacotado, más propio de los brumosos climas europeos que de un lugar donde el sol lucía radiantemente los trescientos sesenta y cinco días del año.

Carecía de gracia arquitectónica, pero, si habían querido convertirlo en una fortaleza, lo habían conseguido. Toda una tapia de mampostería gruesa, de cinco metros de altura, circunvalaba el recinto, cuyo extremo opuesto quedaba así a pocos metros de la punta geográfica que había dado su nombre al lugar.

Con los prismáticos pude ver el comedor. Sí, allí estaba Sigrid, con su no menos hermosa hermana y varios individuos de poco tranquilizador aspecto. Había otra mujer de unos cuarenta años no mal parecida del todo, que parecía supervisar la cena.

Del viejo y maniático Hendon no había rastro alguno.

La edad lo tendría ya recluido en su cuarto, con toda seguridad. Pero no era a él a quién yo quería ver.

Esperé pacientemente, dominando mis nervios por completo. Al cabo, la reunión se disolvió.

Se encendieron más luces. Los prismáticos me permitieron descubrir la habitación de Sigrid. Cuando empezó a desabrocharse la blusa, yo bajé los prismáticos. Uno, a fin de cuentas, es un caballero y, bien mirado, había conseguido mi propósito: situar el alojamiento de la «Mujer».

Todavía tenía que esperar más. Era preciso aguardar a que todos estuviesen dormidos para penetrar en el recinto.

Entonces vendría lo más difícil: atravesar el foso.

Medía ocho metros de anchura y otros tantos de profundidad y estaba lleno de agua de mar, que se renovaba constantemente mediante un ingenioso sistema de bombeo y evacuación del sobrante, a fin de mantenerlo siempre al mismo nivel.

Ocho metros de agua no es una distancia difícil de franquear. Pero cuando esa masa líquida está repleta de tiburones por una parte y pulpos por la otra, entonces se convierte en infranqueable.

* * *

Para subir a la tapia utilicé una primera cuerda, provista de un gancho. Una vez estuve arriba, a caballo sobre la barda, saqué la segunda soga, algo más larga que la primera.

El foso comenzaba casi al pie de la tapia. Había un espacio de unos

treinta centímetros entre la base del muro y el borde del foso. A mí me convenía más sin embargo, iniciar la travesía desde lo alto de la tapia.

Por fortuna, al chiflado de Hendon no se le había ocurrido talar las palmeras del recinto. Elegí una que me pareció más adecuada e hice varias pruebas con la segunda cuerda y su gancho antes de que este prendiera sólidamente en el cogollo de la copa.

Aun así, no había terminado del todo. Era preciso asegurarse la huida.

Por supuesto, había un puente levadizo, pero no debía confiar en él. Al terminar la primera serie de operaciones, até un cordel fino a mí muñeca por un extremo y por el otro a la primera cuerda.

Había llegado ya el momento. Poco a poco, manteniendo el equilibrio cuidadosamente, me puse en pie sobre el borde.

Tiré de la cuerda sujeta a la palmera. El gancho estaba firmemente agarrado.

Ahora venía el momento más emocionante. Si fallaba... los pulpos o los tiburones darían buena cuenta de mi cuerpo.

Inspiré profundamente y me dejé ir como la araña al extremo de su hilo. Describí un profundo arco, rocé con los pies la superficie de las aguas del foso, encogí las rodillas y, finalmente, aterricé en la otra orilla.

Ya estaba dentro. Até el cordel al tronco de la palmera, dejándolo flojo y caído, a fin de que nadie tropezase con él. Era lógico suponer que habría vigilancia nocturna en Punta Roja, aunque yo no había visto a nadie todavía.

La bolsa seguía colgada de mi hombro. Para un caso de necesidad, llevaba el revólver de Wahatou.

Empecé a andar paso a paso. Las luces estaban apagadas ya por completo.

Un par de veces escuché ruido de pasos, pero pude esconderme a tiempo. Al fin llegué al pie de la ventana del dormitorio de Sigrid.

Las indicaciones de Wahatou habían resultado preciosas. Saqué la tercera cuerda, con su gancho correspondiente, y lo lancé al antepecho.

Instantes después, trepaba hacia arriba. El gancho había causado algo de raído. ¿Lo habría oído Sigrid?

Me senté en el alféizar. La mancha blanca del lecho se percibía claramente en la oscuridad. Sigrid dormía profundamente y, merced a la excelente temperatura exterior, con la ventana abierta.

Entré. Tanteé unas cortinas y las cerré. Luego me acerqué la cama y busqué a ciegas un brazo de la «Mujer».

Ella se movió.

—No haga ruido —murmuré—. Soy Owen Dearn.

En la oscuridad, los ojos de Sigrid se abrieron desmesuradamente.

—¡Owen! ¡Oh, Dios mío!

—Silencio —recomendé en voz baja—. No me atrevo a dar la luz, aunque he corrido las cortinas...

—Espere —rogó—. Tengo la solución.

Oí que hurgaba en su mesilla. Segundos más tarde, encendía una diminuta lámpara eléctrica, a pilas.

El resplandor era más bien escaso, pero suficiente. Sigrid y yo nos contemplamos mutuamente, a menos de dos pasos de distancia.

—Me parece increíble —dijo ella.

Sonreí.

—Soy de carne y hueso y no producto de ninguna pesadilla suya —manifesté, tendiéndole la mano, que ella aceptó sin remilgos—. ¿Lo ve ahora, Sigrid?

—Sí, es cierto. Espere un momento, Owen, por favor —pidió—. Voy a levantarme.

La petición estaba implícita en aquellas palabras y me volví de espaldas caballerosamente mientras ella abandonaba el lecho y se ponía una bata.

—Estoy lista, Owen —manifestó al terminar.

CAPÍTULO VIII

Yo la encontré hermosísima, con su larga cabellera suelta sobre los hombros y una indudable expresión de ansiedad en su rostro. Vino hacia mí y me tomó impulsivamente las manos.

—¿Cómo ha conseguido salvar todos esos obstáculos? El loro es infranqueable si no se utiliza el puente retráctil...

—Hablaemos de eso más adelante —dije—. El caso es que estoy aquí y dispuesto a ayudarla si es preciso.

—No puedo olvidar que usted me salvó la vida.

—Pero llegué a creer que había muerto, porque me enteré de que, pese a mí advertencia había emprendido vuelo a Wabe-Uyna. Mynser alardeó todo el tiempo de lo que le habría pasado.

—Seguramente, Mynser no le contó la verdad completa, ¿no es cierto?

—¿Qué pasó, Owen?

—El piloto del avión que me trajo hasta aquí, saltó en paracaídas a mitad de camino. El paracaídas se soltó de los arneses al abrirse y él se estrelló en el mar al caer desde dos mil seiscientos metros de altura.

Los ojos de Sigrid expresaron un vivísimo horror.

—Al piloto le traicionaron los mismos que le habían pagado por asesinarme. Pero ninguno de ellos contó con que yo también tengo un bonito título de piloto aviador —añadí.

—Ahora comprendo... Ellos están desconcertados por su presencia en la isla. No solo no comprenden cómo pudo salvarse, sino que no saben siquiera cómo llegó usted.

Me eché a reír. Luego le hice un circunstanciado relato del procedimiento que había empleado para alcanzar la isla.

Sigrid me contempló con admiración.

—Encuentro lógico que quisieran impedirle que llegase a Wabe-Uyna —dijo, una vez hube terminado de hablar—. Ellos no quieren que usted se lleve al doctor.

—No les conviene, Sigrid.

—¿Por qué? Yo no entiendo muy bien lo que pasa. Han hablado delante de mí, pero de una forma sibilina enigmática... Incluso mi hermana Ilse no quiere darme explicaciones.

—Sigrid, usted actuó forzada contra mí. ¿Cómo la obligó Mynser a darme el cigarrillo narcótico?

—Dijo que tenían secuestrada a Ilse y que si no obedecía, la matarían.

—Él fue a buscarla a usted, ¿no es cierto?

—Sí. Ilse me escribió, diciéndome que estaba secuestrada y que si quería salvar su vida, debía hacer todo cuanto me ordenara Mynser. ¿Podía obrar de otra manera, Owen?

—Evidentemente, no —admití—. ¿Le dio detalles Mynser de lo que pasaba en la isla?

—Algo me habló, en efecto; pero insistía sobre todo en impedir que usted se llevase de aquí al doctor Frog. ¿Por qué no quieren que se lo lleve, Owen?

—Espere un momento, Sigrid. Usted se ha convencido ya de que Ilse no está secuestrada.

—Sí, lo he visto enseguida. Ella me ha dicho que pertenecen a la servidumbre de un viejo chiflado y muy rico, que está esperando una droga maravillosa que lo rejuvenecerá treinta o cuarenta años. ¿Es cierto eso?

Suspiré.

—A medias. Lo del viejo chiflado que espera la droga maravillosa, es verdad —confirmé—. Pero en cuanto al resto...

—Siga, Owen, no se interrumpa.

—Le va a resultar muy duro escuchar lo que tengo que decirle, Sigrid.

—Hable claro. Prefiero la franqueza a la incertidumbre.

—Bien, Sigrid. Ilse forma parte de una cuadrilla que, con engaños, está dispuesta a despojar a Hendon de su hermosa fortuna. Con engaños... y algún asesinato que otro cuando es preciso.

Los bellos ojos de Sigrid expresaron un horror sin límites. Las piernas le flaquearon y hubo de sentarse en el borde de la cama.

—¿Es... cierto? —dijo con voz desmayada.

—Sí. No quiero engañarla, Sigrid. Usted misma, además, ha tenido ocasión de comprobarlo.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Nunca creí que mi hermana...

—Sigrid, voy a darle un consejo. No confíe ni siquiera a Ilse que me ha visto, ¿estamos? No confíe en nadie de la isla, ni siquiera en los nativos. Alguno resultará ser un traidor.

—Lo tendré en cuenta, Owen.

—Ahora, dígame, ¿qué ha oído de mí?

—Nada bueno, Owen. De una forma u otra, quieren eliminarlo. Piensan que así evitarán que usted se lleve a su amigo de la isla.

—Si Frog se marchase, la estancia de Hendon en Wabe-Uyna no tendría objeto y ellos no podrían exprimirle la bolsa. Lo malo es que ahora las cosas han cambiado.

—¿Por qué, Owen?

—Frog me llamó porque estaba harto y quería abandonar la isla. Pero de pronto descubrió que todos sus fracasos se debían a la traición de su

ayudante Colpotter, quien saboteara sus investigaciones científicas, con objeto de hacer durar más sus trabajos y así continuar el saqueo de la cuenta corriente de Hendon, ¿comprende?

—Sí. Y ahora, ¿qué ha pasado?

—Sencillamente, Frog dice que ahora marcha por el buen camino y que pronto tendrá la droga. Por tanto, no quiere marcharse de la isla... pero yo tengo que llevármelo. Me lo ha pedido el jefe Tho-Uau.

—Entiendo. Owen, ¿qué efectos produce esa droga?

—Mi amigo dice que proporcionará la inmortalidad al que la tome.

Sigrid se asombró enormemente.

—¿La... inmortalidad...? —dijo entrecortadamente.

—Sí, pero eso es imposible.

—¿Por qué, Owen?

Se lo dije. De nuevo se asombró ella, pero luego se echó a reír, como yo me había reído en el sendero.

—Pues es verdad —exclamó francamente—. Tiene usted razón, es imposible.

—Claro que sí. Sigrid, voy a marcharme. No me gustaría irme de la isla sin usted.

—No podrá conseguirlo, Owen. Mi propia hermana...

—Sondee a Ilse discretamente. Ya procuraremos vernos en otro momento.

—¿Cómo piensa salir del recinto, Owen?

—De la misma forma que he entrado, claro.

—Hay dos hombres patrullando continuamente por el recinto.

—Me lo imagino. Sin embargo, confío en burlarlos —miré a Sigrid y tomé sus manos otra vez—. Volveré a verla —prometí.

Ella movió la cabeza. En aquel instante, comprendí que había encontrado a la «Mujer».

No hablamos nada al respecto, no nos dijimos la menor palabra que expresara nuestros sentimientos, pero en aquellos momentos Sigrid y yo comprendimos que habíamos nacido el uno para el otro.

—Apague la luz —dije, tras unos segundos de silencio.

—Adiós, Owen. Buena suerte y que Dios le bendiga.

—Gracias, Sigrid.

Ella apagó la linterna y la oscuridad llegó de nuevo.

Abrí la ventana, pasé las piernas por encima del alféizar y empecé el descenso. Apenas lo había hecho, alguien clavó una pistola en mis riñones.

—Ha sido usted muy listo al entrar en Punta Roja, señor Dearn —dijo una voz masculina—. Pero ya no saldrá más de aquí.

Inspiré profundamente.

—¿Está seguro, amigo? —pregunté.

—Absolutamente convencido —respondió el tipo.

—Y ahora, naturalmente, me llevará a presencia de su jefe Warrod Lask.

—¿Puede dudarlo?

—En absoluto. No dudo de que eso es lo que piensa, pero, como dice el refrán, del dicho al hecho hay un buen trecho.

—¿Quiere decir que no voy a llevarlo a Lask?

—Exactamente. Ha cometido un error y lo va a pagar muy caro.

El esbirro se echó a reír.

—Gracioso —me apostrofó—. Vamos, mueva las piernas.

Lo que moví fue el codo izquierdo a la vez que giraba velozmente sobre mis talones. Jamás se debe cometer el error de amenazar a una persona poniéndole una pistola apoyada en la espalda.

La reacción del amenazado sobreviene cuando uno menos lo espera. A dos metros de distancia, sin embargo, esa reacción se hace imposible.

La pistola del tipo saltó por los aires. Al completar mi movimiento de giro yo ya estaba frente a él.

Mi puño derecho le alcanzó en plena mandíbula y lo tiró por tierra pero, para infortunio mío, no lo atonté y empezó a chillar como un conejo herido.

Ya no me quedaba más que una solución: echar a correr.

El tipo me había dado un consejo. Lo seguí, aunque, claro, no de la forma que él había esperado.

Era un sujeto muy escandaloso. Sus gritos atronaban la noche.

—¡Que se escapa! ¡Atrápalo, Shane!

Shane debía de ser, calculé, el otro esbirro de la guardia nocturna. Estaba ya a menos de veinte pasos del foso, cuando, de repente, un revólver detonó frente a mí.

—¡Alto! ¡Párese o tiraré a matar! —gritó Shane.

¿Qué diferencia había entre morir ahora o dentro de unos minutos?

Seguí corriendo, claro. Ya veía la silueta de Shane, disparando desordenadamente su pistola.

Yo también tenía un revólver y lo usé. Una de mis balas alcanzó a Shane, de cuyos labios se escapó un grito desgarrador.

Escuché un chapoteo Shane debía de hallarse muy cerca del foso y había caído al agua.

—¡Socorro! ¡Sáquenme de aquí! —chilló al emerger—. ¡Estoy herido!

Detrás de mi sonaban voces y disparos hechos al azar. Yo no podía perder tiempo en socorrer a Shane. Lo habría hecho, pero hubiese significado mi perdición.

Shane volvió a gritar, espantosamente asustado:

—¡Los tiburones! ¡Los tibur...!

Sus últimos chillidos se convirtieron en un gorgoteo aterrador. Cuando me inclinaba para recoger el cordel, pude escuchar el espeluznante ruido de un remolino de escualos que se agitaban en las aguas del foso para devorar a la víctima que les iba a proporcionar un magnífico banquete.

El cordel me permitió agarrar el extremo de la otra sogá. Tomé impulso y salté al lado opuesto del foso. Luego me icé arriba rápidamente y, saludado por una docena de balas que silbaban a mí alrededor, por fortuna sin alcanzarme, me dejé caer al otro lado.

Warrod y sus esbirros, en medio de todo, resultaron bastante discretos. La selva y la noche me protegían, de modo que no intentaron perseguirme.

Así pude llegar a casa de mi amigo con toda tranquilidad en lo que a mí personalmente se refería.

Respecto a Sigrid, ya no me sentía tan tranquilo. No obstante, confiaba en que no le hiciesen daño.

La vigilarían, espiarían el menor de sus movimientos, pero no creía que llegasen a dañarla físicamente.

Porque si lo hacían, volaría Punta Roja con todos sus habitantes.

Lo haría y después me quedaría tan fresco.

CAPÍTULO IX

—Tengo que hablar contigo, Hermes.

Frog me contestó con un gruñido, inclinado sobre un microscopio. A su derecha, tenía un gran cuaderno donde, por medio de un lápiz, anotaba los resultados de sus experimentos.

—Escúchame, Hermes —dije, procurando armarme de paciencia.

Estaba bastante seguro de mí mismo. Wahatou, por indicación mía, vigilaba el acceso a la casa.

Detrás de Frog, se hallaba la gran estantería con los tanques llenos de aquel líquido levemente amarillo y un tanto espeso. Dentro de cada tanque, alguno de los cuales tenía casi un metro de diámetro por otro tanto de altura, había unas cosas extrañas, blanquecinas, semitransparentes, que se movían de un modo que daba escalofríos.

Yo, por si acaso, procuraba no mirarlas. Aquellos seres vivientes parecían nacidos del averno. Los isleños tenían razón al calificar a mí amigo como el diablo en persona.

—Está bien —rezongó Frog, abandonando el microscopio por unos instantes—. ¿Qué quieres ahora, Owen?

—Hablar contigo muy seriamente, Hermes.

—Tengo trabajo...

—Tienes que escucharme... ¿O no me llamaste para que te ayudara?

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos, habla ya.

—Se trata de ti y de tus experimentos. ¿Cuánto tardarás en terminar tu tarea, ahora que aseguras marchar por el buen camino?

Frog se encogió de hombros.

—¿Cómo diablos te voy a fijar un plazo? Lo mismo puede suceder que encuentre la fórmula definitiva dentro de un día que dentro de un mes... ¿Es que no sabes que a la ciencia no se le pueden poner plazos?

Mentalmente, levanté las manos al cielo. Allí estaba yo, habiendo corrido los mil peligros para ayudar a un amigo a salir de la isla... y ahora que podía hacerlo, se negaba a abandonar su sitio.

—He hablado con el jefe Tho-Uau —dije.

—Ah, sí, una excelente persona —calificó Frog—. ¿Qué te ha dicho?

—Fue ayer. Quiere que te largues de la isla cuanto antes.

—No puede ser, Owen, lo siento.

—Los isleños están hartos de ti y de tus experimentos. Podrían sublevarse algún día...

—No lo harán —respondió Frog tranquilamente—. ¿Tienes algo más

que decirme?

Le hubiera pegado un buen puñetazo en la nariz. ¿Cómo podía ser tan inconsciente?

—Es que, verás, Hermes, yo...

De repente vi algo que me cortó la respiración.

Salía de uno de los tanques de mayor tamaño y era como un filamento translúcido, del grosor de mi muñeca. Parecía una serpiente sin cabeza, pero se agitaba de una forma muy parecida.

Dentro del tanque había un espantoso ser viviente, que se movía de un modo espeluznante. Había proyectado un tentáculo y lo lanzaba lenta pero constantemente hacia el cuello de mi amigo.

Varios filamentos gruesos como dedos nacieron de pronto en el extremo del tentáculo. Sin poder contenerme, lancé un grito que hizo retremblar las paredes:

—¡Hermes, cuidado! ¡Detrás de ti!

Frog se volvió en el acto.

Yo creí que se sentiría aterrado ante aquella visión infernal, pero para asombro mío, todo lo que hizo fue sonreír tranquilamente.

—Ah —dijo—, es «Johnny». Sin duda debe de tener hambre, pero no es aún la hora de comer.

Yo sudaba de pánico. Empezaba a comprender el terror de los isleños ante las misteriosas desapariciones de algunos de sus animales domésticos.

Con toda calma, sin dejar de sonreír, Frog cogió un pulverizador y lanzó un chorro de líquido vaporizado al amenazante extremo del tentáculo que se replegó sobre sí mismo instantáneamente.

En pocos segundos, desapareció en el tanque, fundiéndose con la masa del ser del que procedía. Sonriendo, Frog se volvió hacia mí y enseñó el pulverizador:

—Anestésico —dijo.

Me pasé una mano por la frente. ¡Con qué placer habría pegado fuego a aquel lugar diabólico!

—Hermes, ¿qué diablos es eso? —pregunté.

—Una célula viva, aunque temo que seas demasiado torpe para comprender una simple explicación sobre biología —contestó.

Y en aquel momento, antes de que pudiera continuar haciéndole preguntas, Wahatou entró precipitadamente y anunció:

—Vienen. Tres. Un *jeep*.

* * *

El *jeep* se detuvo frente a la casa. Apoyado en la puerta, contemplé a sus tres ocupantes.

Dos eran mujeres, Ilse Kunstane una de ellas, con su atuendo de pirata de opereta. La otra era mayor y menos atractiva. Se trataba, sin duda, de Melissa Yard.

El conductor era Warrod Lask. Cuarenta años, duro, astuto, despiadado; así se leía en su rostro.

—Soy Lask —se presentó escuetamente—. Melissa Yard e Ilse Kunstane —añadió—. Usted debe de ser Dearn.

—Lo admito —contesté tranquilamente.

Las dos mujeres me escrutaban con gran curiosidad, Ilse sobre todo. Lask continuó:

—Anoche estuvo usted en Punta Roja.

—Puedo contestar afirmativamente, pero también negarlo. Usted no me vio, de modo que no tiene pruebas. Pero, ¿qué pasaría si dijera que sí?

—Penetró sin permiso en una propiedad privada.

—¿Es un delito en Wabe-Uyna?

Lask se quedó parado.

—¿A qué autoridad me denunciaría usted por ese allanamiento de morada? ¿Al jefe Tho-Uau? ¿Me juzgarían los isleños y me condenarían a un arresto o al pago de una multa?

Lask sabía bien que en Wabe-Uyna no se podía hacer nada de eso.

—Escuche —contestó al cabo—. Vamos a pasar todo por alto. Olvidemos lo que sucedió anoche. Cerraré los ojos a la muerte de uno de mis hombres. Pero márchese de la isla. Mañana llega la goleta del capitán Grays. Embarque en ella y váyase de aquí para siempre.

—Podría negarme, ¿no cree?

—Lo pasaría mal —aseguró Lask—. Y no bromeo.

Yo me sonreía.

—Imagino que han venido a ver al doctor, ¿no es cierto? —pregunté.

—Sí —admitió Lask. Melissa e Ilse permanecían obstinadamente mudas.

—Entonces, entren y hablen con él. Frog les dirá algo acerca de mi estancia en la isla.

Lask cruzó una mirada con Melissa. De pronto, Ilse sacó su pistola y me la puso en el cinturón.

—Entrad —indicó—. Yo me quedo vigilando a este pájaro de cuenta. Si veo que hace un movimiento sospechoso, le abriré un desagüe en el estómago.

—Acertada metáfora —dije sonriendo.

Cañudos, hoscos, Lask y la Yard entraron en la casa. Ilse y yo quedamos frente a frente.

—Tan hermosas y tan distintas —suspiré.

Ilse me contemplaba con admiración.

—Owen, ¿qué le ha dado a mí hermana? Está chiflada por usted —dijo a media voz.

—Muchacha, en la vida de todo hombre aparece de pronto un día una mujer. Sigrid es la «Mujer» para mí; pero a ustedes también les sucede lo mismo, y Sigrid ha encontrado al «Hombre». ¿Lo comprende ahora?

—Sí, le entiendo perfectamente y, créame, me dan envidia.

—Celebro sus buenos sentimientos hacia mí. No se compaginan, sin embargo, con la pistola.

Ilse bajó la vista un poco.

—Tiene el seguro echado —dijo en voz baja.

—Interesante noticia —comenté—. ¿Cuáles son sus proyectos?

—Me gustaría deshacerme de usted sin violencias.

—Empeño difícil, si se considera la calidad de la pandilla a la cual pertenece, Ilse.

Ella suspiró.

—Hay tanto dinero a ganar...

—Y por eso traje aquí a Sigrid, para que también metiera la mano en el pastel, ¿no es cierto?

—Sí, pero me equivoqué. Ella no es de mi misma pasta, Owen.

—Usted podría ser mejor si quisiera, Ilse.

—Ahora ya es tarde —sonrió.

—Ilse, trataron de asesinarme dos veces. Se han cometido dos crímenes. ¿Qué parte tiene usted en ellos?

—Ninguna —respondió—. Yo siempre fui partidaria de la astucia, antes de la violencia. Cuando se decidió impedir su llegada a cualquier precio, voté en contra.

—¿Qué se hubiera hecho conmigo, en caso de haber prosperado su proyecto?

—Le habríamos dado una cuchara, Owen.

Me eché a reír.

—Para comer pastel también, ¿verdad?

—En efecto. La persuasión siempre es mejor que los tiros, Owen.

—Ilse, no lo dirá por el elemento «persuasivo» que tiene en las manos. Ahora fue ella la que se puso a reír.

—Un poco de teatro nunca estorba —contestó.

—Me lo imagino. Sin embargo, Lask y Melissa no parecen ser aficionados al teatro.

—Son malos de veras —informó Ilse—. Ahora me arrepiento de haberme unido a ellos.

—Todavía puede redimirse, Ilse. A propósito, ¿le han hecho algo a Sigrid?

—No lo habría permitido —contestó con ojos llameantes.

—Celebro que piense así. Ya buscaremos una solución, Ilse.

—Que no sea demasiado perjudicial para mí, Owen —rogó ella.

—Lo tendré en cuenta —prometí.

En aquel momento, se oyeron voces estentóreas.

—¡No, no y mil veces no! ¡Mi amigo Dearn no se irá de la isla y si le sucede algo, pegaré fuego al laboratorio con mis propias manos y mis trabajos se irán al cuerno! ¡Dígaselo así a Hendon y dígale también que lo que piensa de mi amigo me importa un rábano! ¿Está claro?

Lask y la Yard salieron echando chispas. Yo procuré mostrarme comedido; Frog había obrado exactamente tal como le había dicho que lo hiciera.

Lask se detuvo ante mí y me dirigió una mirada de rabia infinita.

—Por ahora, ha ganado usted —dijo—. Pero no es la partida definitiva.

Simulé contemplarme las uñas al contestar:

—Parece que no les agrada mucho que haya venido a estropearles el banquete continuo que se dan con la fortuna de Hendon, ¿verdad? ¿Qué harán con ese viejo estúpido cuando lo hayan despojado por completo? ¿Echarlo al foso?

Lask se ahogaba de rabia. A la Yard le pasaba tres cuartos de lo mismo.

Melissa se arrojó casi encima de mí y me dijo:

—Por ahora, gana usted, pero cuando el doctor Frog haya terminado sus experimentos, su vida no valdrá más que el suelo que cubren mis pies.

Bajé la vista.

—En Nueva York, ese pedazo de tierra valdría una enormidad. ¡Menudo solar para un rascacielos!

Ilse soltó la carcajada. Los pies de Melissa eran descomunales.

La Yard se puso como las guindas maduras. Lask terminó por agarrarla de un brazo y tirar de ella hacia el *jeep*.

Ilse enfundó la pistola.

—Ya ha oído las advertencias, Dearn —dijo con severo acento—. No se meta en nada y todo irá bien para usted.

Retrocedió paso a paso y acabó por saltar al *jeep*. Momentos después, habían desaparecido.

Frog salió a la veranda segundos después.

—Se han ido, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué han dicho de Colpotter?

—Les dije que había muerto devorado por los tiburones al bañarse. Puedes imaginarte que les supo muy mal.

—Claro, pero no porque haya muerto, sino porque, así, podrás culminar tus experimentos. Y si elaboras la droga, se les habrá secado la fuente de dinero que es Hendon, ¿no es cierto?

Frog asintió en silencio. Yo terminé:

—Un Hendon más joven y lleno de vitalidad, no necesitaría ya una corte de granujas a su alrededor. Lo que haría sería correr a gastarse él solito su dinero y eso es algo que no les gusta a Lask y a su pandilla en absoluto.

CAPÍTULO X

Mi razonamiento era correcto, me decía al día siguiente, mientras, apoyado en una palmera, contemplaba las operaciones de ataque de la goleta del capitán Grays.

Lask y los suyos habían ideado un buen plan. Embaucaban a un tipo podrido de dinero y se lo iban sacando poco a poco, sin grandes prisas. A fin de cuentas, la vida en Wabe-Uyna era paradisíaca y a ellos no les faltaban comodidades.

Podían aguardar perfectamente a que la fortuna de Hendon hubiera pasado a su poder. Mi llegada había representado para la banda el papel de una piedra caída en la quieta superficie de un tranquilo lago.

Sin duda habían adquirido informes míos, aunque no completos. Saber que yo era abogado e investigador, debía de haberles puesto los pelos de punta.

Así se explicaban los atentados de que había sido objeto. Pero su información no había sido completa o no habrán empleado el método del avión sin piloto para eliminarme.

Grays llegó al fin a la playa en una lancha, cargado con una bolsa de cuero. Saltó a tierra y se dirigió rectamente hacia el bar-tienda de Red McCroo.

Esperé unos minutos. Al cabo de un espacio prudencial de tiempo, me dirigí al bar.

Estaba desierto. En aquellos momentos, la goleta era la principal atracción de los isleños.

Las voces de Grays y McCroo sonaban en una habitación contigua. El marino decía:

—De modo que ese tipo ha conseguido llegar, ¿eh?

—Sí, está aquí, y lo más asombroso de todo es que no se sabe cómo pudo hacerlo.

—No hay más que una explicación, Red.

—Dime, Grays.

—Dearn sabe manejar un avión. En eso nos engañamos, créeme.

—¡Pero el aparato no ha aparecido!

—Pudo hundirlo a un par de kilómetros de la costa y llegar a nado...

—¿Con los tiburones que infestan estas aguas? Ni lo sueñes, Red.

—Entonces es que había otra balsa a bordo.

—No. Solo había el paracaídas de Dufour y su balsa.

—Bueno, eso no importa ahora, Grays. Tengo algo interesante para ti.

Tres docenas de perlas y unos cuantos kilos de coral.

—Yo he traído el dinero, Red.

Entonces fue cuando me decidí a intervenir. Abrí la puerta y me apoyé en una de las jambas.

—Hola, capitán Grays. ¿Qué tal, Red?

Mi inesperada aparición dejó sin respiración a los dos hombres. Yo examiné al marino y encontré que era un tipo alto y tremendamente robusto, con la cara adornada por un espeso vello rojizo. Su nariz aparecía rota, lo que significaba más de una pelea a puñetazos.

—Usted es Dearn —dijo Grays, recobrando el habla.

—Efectivamente, capitán.

—Es Grays —me confirmó McCroo con un gruñido.

—Yo soy el tipo que tenía que estar a siete mil metros de profundidad, pero que todavía vive y colea para disgusto de ustedes dos y unos cuantos rufianes más —dije.

Grays se puso en pie lentamente.

—No puedo explicarme cómo sigue con vida —manifestó.

—Fui más listo que ustedes, pero, sobre todo, más que Dufour. ¡El pobre tonto! Confiar en el capitán Grays... ¿A quién se le ocurre?

—Si está pensando en que yo manipulé en su paracaídas, se equivoca. Ya estaba en alta mar y puedo probarlo.

—Lo sé, pero había un tal Mynser en Papeeté, que fue quien debió de encargarse de la granujada. ¿Me equivoco?

—Acertó pero no lo podrá repetir a nadie —dijo Grays.

—Capitán —contesté, mirándome las uñas—, en su lugar, yo correría a la goleta y mandaría izar velas en el acto. Parece que en Wabe-Uyna no todos creen que un tal Kao-Noua fue arrebatado de la cubierta de su barco por un golpe de mar.

La cara de Grays tomó una coloración cenicienta. Quiso hablar, pero solo emitió un balbuceo apenas inteligible.

—Fue... Se cayó...

—Lo asesinó usted, capitán; después de que le arrancó el contenido del mensaje que Kao-Noua me había enviado. Seguro que fue Lask quien se lo ordenó por radio, ¿verdad?

Grays estaba loco de ira. Yo había descubierto su secreto y ello le comprometía gravemente.

Perdió los estribos. Se lanzó contra mí.

Yo ya esperaba algo por el estilo y obré en consecuencia. Mi primer golpe fue a su blando estómago.

Grays resopló ruidosamente. Era fuerte, pero hacía tiempo que no peleaba y, además, le sobraban grasas.

Otro directo de izquierda al estómago. Un tercero de derecha al mismo

punto.

Los ojos de Grays empezaron a vidriarse. Braceó y buscó aire para sus pulmones.

Mi último golpe fue definitivo. Le alcanzó en plena mandíbula y le hizo retroceder corriendo varios pasos. A otro hombre menos pesado que él, le habría levantado un palmo del suelo.

Grays chocó contra el antepecho de la ventana, volteó y cayó al otro lado, completamente sin sentido.

McCroo me miraba estupefacto. Debió de creer que iba a atacarle, porque se puso en pie de un salto y extendió las manos suplicante:

—¡No, por favor, señor Dearn! —rogó—. Yo no le he hecho a usted nada malo...

Le dirigí una mirada llena de severidad.

—Red, me parece que ha cometido usted un grave error al aliarse con esa banda de granujas —manifesté—. Hubo un tiempo en que los isleños estaban muy contentos con usted. Me parece que ahora no le tienen ya ninguna simpatía.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Desde allí, le miré por encima del hombro:

—Tengo la impresión de que su época buena en Wabe-Uyna se ha acabado ya para siempre, Red. Pero no eche la culpa a nadie que no sea usted mismo —terminé.

McCroo no dijo nada. Estaba completamente anonadado.

Cuando salí del edificio y di la vuelta para tomar el camino de la casa de Frog, Grays se sentaba en el suelo con expresión aturrida, palpándose la mandíbula con una mano, como si no pudiera creer aún en lo que le había sucedido.

* * *

A pesar de que había sonado bastante lejos, el alarido resultó de un volumen suficiente para despertarme.

Me senté en la cama, empapado en sudor. ¿Era una pesadilla?

El alarido se repitió. Parecía sonar a unos trescientos o cuatrocientos metros de la casa, pero en el absoluto silencio de la noche los sonidos podían percibirse a gran distancia.

Alarmado, encendí la luz, salté de la cama y me vestí apresuradamente. Wahatou apareció casi en el acto.

—Sucede algo, señor Dearn —dijo.

—Ahora iremos a ver qué pasa —contesté—. ¿Dónde está el doctor?

—Se está vistiendo también, señor.

Estuve listo en pocos momentos. Agarré mi revólver y salí del

dormitorio.

Cuando llegué al pasillo, vi a Frog que entraba en su laboratorio. Wahatou y yo corrimos hacia él.

—¡Maldición! —gritó Frog de pronto—. «Bella» se ha escapado.

—¿Qué? —dije—. ¿Quién es «Bella», Hermes?

Frog se volvió.

—Vamos, pronto; temo lo peor —contestó enigmáticamente.

—Buscaré una linterna —dijo Wahatou.

Instantes después, salíamos de la casa en dirección al lugar en que habíamos escuchado los alaridos. Wahatou nos precedía, llevando en la mano una escopeta de caza, obtenida Dios sabía dónde, y la linterna.

Minutos más tarde, nos encontramos con un espectáculo aterrador. Tengo el estómago curtido, pero aquello era demasiado para mí.

Había un hombre tendido en el suelo, completamente inmóvil ya. Sobre su cuerpo se veía una enorme masa translúcida, dotada de infinitud de tentáculos, que parecían abrazarlo casi por completo.

La cara del hombre había desaparecido. Ya se veían los huesos y lo mismo sucedía con algunas otras regiones de su cuerpo.

Lo que allí ocurría es sencillo de explicar. Aquel horrible ser estaba digiriendo el cuerpo de su víctima, así como suena.

Ahora podía ver con mis propios ojos lo que había impresionado tanto a los isleños, hasta el punto de confundir a mí amigo con el diablo. En aquellos momentos, yo comprendía perfectamente a los nativos.

Por las ropas reconocí a Grays. De pronto, el ser se agitó y expulsó algo fuera de su organismo.

Era un puñal, al que faltaban las cachas de madera en la empuñadura. La materia orgánica había sido digerida igualmente por la bestia.

Las intenciones de Grays eran fácilmente adivinables. Había ido de noche a la casa del doctor con intención de asesinarme. Pero en el camino se había encontrado con el ser nacido en el laboratorio, que le había atacado antes de, permitirle aprestarse a la defensa.

Allí ya no cabía hacer más que una cosa. Me volví hacia Wahatou y le pregunté:

—¿Hay petróleo en la casa?

—Sí, señor. Traeré una lata... —contestó Wahatou, adivinando mis intenciones.

Frog quiso protestar, pero no se lo permití.

—¿Cómo vas a llevar esta repugnante masa de materia viva al laboratorio? —exclamé colérico—. ¿Es que no te das cuenta de lo que puede suceder si la dejas suelta? ¿Qué hiciste con los otros que se te escaparon y aterrorizaron a los nativos?

Mi amigo bajó la cabeza.

—Aquéllos eran mucho más pequeños —se excusó.

—No me importa en absoluto; ni aunque este fuese del tamaño de la uña de mi pulgar —contesté violentamente.

Wahatou regresó con la lata, cuyo contenido vertió inmediatamente sobre el ser. Acto seguido, lancé una cerilla encendida sobre el combustible.

Una gran llamarada brotó inmediatamente de aquel lugar. El ser, la cosa o lo que fuera, se retorció de un modo horrible, pero nada podía hacer contra el fuego.

El hedor nos obligó a retirarnos a distancia. Pasó bastante rato antes de que pudiéramos regresar a aquel lugar, una vez extinguidas las últimas llamas.

Entonces, Wahatou y yo tuvimos que realizar la labor más penosa de nuestra vida. No resultó agradable dar sepultura a aquellos restos, pero había que hacerlo.

CAPÍTULO XI

Afortunadamente, mi amigo Frog no era un enemigo acérrimo del alcohol. Cuando Wahatou y yo hubimos terminado aquella horrenda tarea, pudimos reconfortarnos en parte con un par de buenos tragos, ya muy cerca del amanecer.

Wahatou y yo estábamos muy deprimidos, pese a que «Bella», evidentemente, me había salvado la vida al atacar a Grays. Resultaba patente que el marino había tenido intención de entrar subrepticamente en la casa y acuchillarme. El ser creado en el laboratorio se lo había impedido.

Paradójicamente, Frog se sentía sumamente satisfecho. La muerte de Grays le importaba un pimiento.

—¿Te das cuenta, Owen? Mis experimentos progresan; estoy muy cerca del fin, ¿comprendes?

Miré a Frog casi con odio.

—Aquello que vimos digiriendo a Grays, ¿qué era? ¿Quieres decírmelo, en nombre del cielo, Hermes?

—Una célula viva, Owen, una célula viviente creada en mi laboratorio por procedimientos que tu limitada inteligencia no puede comprender. Y todavía tengo más, muchas más...

—Pero, ¿para qué te sirven? ¿Qué es lo que propone hacer con esos monstruos?

—¿Monstruos? Son la vida misma, Owen, el principio de toda sustancia orgánica. Las células necesitan alimentarse, por supuesto, como todo ser vivo; y entonces expelen eso que tú llamas tentáculos y que son pseudópodos, a fin de atrapar las presas que han de constituir su alimento. ¿Qué otra cosa hacen los fagocitos con las bacterias que se infiltran en el organismo humano? ¿Cómo te crees que actúan los glóbulos blancos cuando se produce una infección en el cuerpo de una persona?

Apunté a mí amigo con una mano.

—Hermes, no irás a decirme que eso que estuve viendo era un fagocito aumentado millones de veces...

—Oh, claro que no era un fagocito estrictamente hablando. Pero sí una célula y necesita alimentarse.

—Claro, claro —dije sarcásticamente—. ¿Qué les darás de comida a tus células? ¿Carne de millonario viejo?

Los ojos de Frog brillaron de un modo singular.

—Lo has adivinado, Owen —dijo—. Con esas células, prepararé una solución que inyectaré en sus venas, una vez haya hecho las pruebas de un

modo satisfactorio. Las células nuevas, se alimentarán de las viejas y las destruirán... y en el cuerpo de Hendon solo habrá células nuevas en el plazo de un año. ¡Antes de doce meses, Hendon tendrá tu aspecto y seguirá teniéndolo cuando los nietos de tus nietos no sean más que un poco de polvo! —concluyó el doctor dramáticamente.

Y miré a mí amigo como si viera en él la pérdida de su razón.

—Eso significa que prepararás una droga que primero le rejuvenecerá y luego conservará su vida indefinidamente —dije.

—Sí —contestó Frog.

—Pero antes tienes que encontrar la solución definitiva.

—Desde luego, aunque mis trabajos van ya muy adelantados...

—Y una vez hayas elaborado la droga, tendrás que probarla con animales. No vas a inyectársela directamente a Hendon.

—Por supuesto, Owen.

—Gracias, Hermes. Eso es todo lo que quería saber.

Me puse en pie. Mi amigo me dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro, Owen —comentó.

—Oh, no tiene nada de importancia —sonreí—. La noche ha estado un poco agitada, Hermes. Pronto amanecerá y necesito descansar un rato.

—Sí, desde luego.

Me dirigí hacia la puerta. Antes de salir, volví un poco el cuerpo.

—Hermes —llamé.

—¿Eh? Ah, dime, Owen.

—Esa solución que inyectarás a Hendon contendrá células vivas, ¿no es así?

—En efecto.

—¿No correrás el riesgo de que, al alimentarse a placer de células viejas, aumenten de tamaño y acaben devorando a la persona a quién tratas de curar su senilidad?

—Oh, no, en absoluto; porque la solución contendrá un líquido que podemos llamar causante de compartimentos. Cada célula no podrá abandonar su compartimento, salvo para devorar a otra vieja y ocupar su puesto.

—Pero las células nuevas se harán viejas.

—Indudablemente. Sin embargo, el proceso de envejecimiento de una de mis células es infinitamente más largo que el de una célula corriente, como las que componen tu cuerpo o el mío. Y antes de morir, darán origen, por mitosis, a otras dos células igualmente nuevas y con las características de la originaria.

—Mitosis significa división simple, ¿no?

—Exactamente, Owen.

—Gracias, Hermes. Una conferencia científica sumamente instructiva.

No quise desengañarle. ¿Para qué?

En el estado de exaltación en que se hallaba, no me habría creído.

* * *

Después de lo que había visto, ¿quién podía desayunar?

Me bastó con un par de tazas de café para salir del apuro una vez me hube levantado. Estaba terminando la segunda cuando Wahatou asomó la cabeza por la puerta del comedor.

—Mujer. Viene con *jeep* —dijo de la forma lacónica que empleaba en determinadas ocasiones.

Apuré la taza y salí a la veranda, justo en el momento en que Sigrid detenía el *jeep* frente a la casa.

Durante un momento, me quedé pasmado. ¿Cómo era posible...? Corrí a su encuentro y tomé sus manos.

—¡Sigrid!

Ella me dirigió una profunda mirada.

—Me han dejado salir de Punta Roja —manifestó.

—¿Cómo ha sido eso?

—Hablé con mi hermana de que me sentía muy aburrida. Ilse prometió resolver mi situación y volvió a poco diciéndome que tenía entera libertad para ir adonde quisiera. Pedí un coche y...

Una sirena de alarma empezó a sonar en mi interior.

—Esto no me gusta, Sigrid —dije secamente.

—Pero, Owen...

—Usted es como los demás. En cuanto ha visto dinero, se ha unido a ellos para meter su cuchara en el pastel de Hendon.

—Oh, Owen —se dolió ella—, ¿cómo puede creer tal cosa de mí?

Bajé la voz y hablé con gran rapidez.

—Estoy seguro de que nos vigilan, Sigrid —dije—. Voy a tratarla desconsideradamente. No me haga caso, ¿comprende?

Los ojos de la «Mujer» expresaron un gran alivio.

—Sí, Owen —contestó.

—Se irá enseguida. A unos dos kilómetros, detenga el *jeep*. Simule una avería. Nada más.

—Lo haré —prometió ella.

—Así que ya me ha oído —dije, alzando mucho la voz—. Si cree que me va a embaucar con sus sonrisitas está muy equivocada. Usted es como todos los que chupan la sangre de Hendon como sanguijuelas.

—Owen, nunca creí que...

—Váyase, no quiero verla más, ¿me ha oído? ¡Fuera!

Sigrid fingió muy bien. Se llevó un pañuelito a los ojos y corrió hacia el

jeep. Arrancó de inmediato y se perdió de vista a los pocos segundos.

Yo encendí un cigarrillo. Mientras lo hacía, exploré con disimulo las inmediaciones.

Sí, allí estaba el vigilante, apostado tras unas matas, a menos de veinte pasos de distancia. Había dado la vuelta a la casa por el lado opuesto al de acceso y había presenciado la escena.

Una vez hube encendido el pitillo, di media vuelta y entré en la casa, pero entonces la atravesé a la carrera y salí por la puerta trasera, la que daba precisamente al poblado.

El espía no había venido a pie o no habría llegado a tiempo de sorprendernos conversando. A los cinco minutos divisé otro *jeep* escondido entre los árboles.

Una sombra se movía en la espesura. Me agaché y recogí una piedra. Cuando el espía se disponía a hacer arrancar el vehículo, algo le hizo desistir de su empeño.

Tranquilamente, deshinché los cuatro neumáticos del coche. Pero previniendo que el tipo, a pesar de todo, hiciese rodar el *jeep* aun a riesgo de quemar las gomas, metí la mano en el motor y arranqué un puñado de cables...

Luego, silbando alegremente, emprendí la marcha en busca de Sigrid.

* * *

La «Mujer» corrió a mí encuentro apenas me vio asomar por la próxima revuelta del camino. Sus ojos brillaban de un modo singular.

—Hola, belleza —saludé, haciéndola ruborizarse—. ¿Cómo van las cosas por Punta Roja?

—No sé qué decirle. Todo parece normal... aunque yo diría que se nota algo de nerviosismo en el ambiente.

—¿Le ha dicho algo Ilse?

—No. Hablamos un poco el otro día, pero se mostró reticente. Ahora parece como si estuviera asustada.

Ilse tomó parte en la conspiración para despojar a Hendon, debe usted saberlo, Sigrid. Sin embargo, me dijo que no había querido que se empleasen procedimientos violentos.

—Estoy seguro de que fue así Owen. Pero, ¿hemos de permanecer mucho tiempo en la isla?

—Haré todos los posibles por sacarla de aquí cuanto antes. Sin embargo, no puedo prometer fechas. También pienso en el doctor Frog.

—¿Cree usted que logrará de veras esa droga?

—A juzgar por lo que he podido ver, sí... hasta cierto punto.

—Hendon está muy ilusionado —dijo Sigrid.

—Me lo figuro. ¿Lo ha visto alguna vez?

—Sale muy poco de casa y siempre acompañado por un par de esbirros, que no le dejan a sol ni a sombra. No he hablado con él, salvo las palabras usuales de presentación.

—Conque siempre lleva un par de hombres al lado, ¿eh?

—Sí. Lask me dijo que Hendon tiene miedo de un atentado...

—¡Hum! Puede que más que guardaespaldas sean sus vigilantes.

—¿Cómo? ¿Cree que lo tienen prisionero?

—Pudiera ser. ¿Por qué no habla con Ilse? Tengo la sensación de que su hermana empieza a arrepentirse de haberse metido en este jaleo.

—Lo haré, Owen —aseguró ella.

—Trataré de solucionar este asunto lo más pronto que pueda. Hendon hizo instalar un teléfono, con el que puede comunicarse con McCroo y el profesor. En caso de apuro, use la línea que enlaza Punta Roja con el laboratorio.

—Sí, Owen. ¿Algo más?

Me acerqué al motor y levanté la tapa.

—¿Cuántos hombres hay en Punta Roja, aparte de Hendon y de Lask?
—pregunté.

—Mynser, un tal Dwoda, Jeff Tornl... y otros dos más, cuyos nombres no recuerdo exactamente.

Cerré la tapa del motor.

—En resumen, aparte de Hendon, seis más —dije.

—Sí, Owen.

—Lo tendré en cuenta. Sigrid, voy a volverme, pero no por el camino. Ahora existe la avería, pero es sencillísima de reparar. Espere a que venga el espía y él se la arreglará. Diga que no me ha visto, ¿comprende?

Sigrid me dirigió una cálida sonrisa.

—Deseo que todo esto se termine pronto, Owen —manifestó.

Yo estreché sus manos con fuerza. Luego, de un salto, me salí del camino.

A punto lo hice. Apenas me había escondido, escuché pasos.

El espía caminaba torpemente, con un pañuelo aplicado al lugar donde había recibido la pedrada. Vio a la muchacha detenida junto al *jeep* y soltó un reniego entre dientes.

—El coche se ha parado —dijo Sigrid—. No sé qué le pasa; yo no entiendo de motores...

El espía masculló algo. Levantó la tapa del motor y enseguida encontró la avería.

—El cable de distribución se ha soltado —rezongó—. ¿Ha visto usted a Dearn por aquí?

—¿A quién, señor Dwoda?

—He dicho a Dearn, ese tipo entrometido que...

—No, no le he visto. ¿Por qué había de verle?

Dwoda contuvo una interjección. Cerró la tapa del motor de golpe y se instaló tras el volante.

—Esto funciona otra vez —dijo—. ¿Sube usted?

—No voy a quedarme aquí —contestó Sigrid.

Al tiempo de arrancar, Sigrid movió la mano disimuladamente en señal de saludo.

Simpática muchacha. Ella sabía que yo la estaba viendo y me hacía aquel gesto amistoso, sin que Dwoda pudiera apercibirse de ello.

En aquellos instantes, pensé que yo tendría que sacar a Sigrid de Punta Roja, aunque para ello tuviese que arrasar la posesión.

CAPÍTULO XII

Cuando Lask y Melissa Yard llegaron a la casa, me encontraron apaciblemente en la veranda, tallando un grueso garrote a punta de navaja. Era un ejercicio que permitía tener la mente descansada y, al mismo tiempo, procuraba un cierto entretenimiento.

—Venimos a ver al doctor —dijo Lask.

—Está ocupado. No les recibirá —contesté sin mirarlos siquiera.

—Veremos.

Lask y la Yard entraron en la casa.

Media hora más tarde, salieron con peor cara todavía de la que tenían al llegar.

—Dearn —llamó Lask.

—¿Qué le sucede ahora? —pregunté, sin abandonar mi labor de talla.

—Usted es amigo de Frog.

—Muy amigo —convine.

—Le hemos hecho una proposición. Él se niega a aceptarla.

—Hermes es muy obstinado. No me extraña en absoluto.

—Queremos hacer un trato con usted —manifestó la Yard.

—¿Sí? ¡Qué interesante!

—Cien mil si consigue que Frog retrase sus experimentos —me espetó Lask sin más preámbulos.

—Eso significa que han intentado proponérselo y se ha negado —adiviné.

—Exactamente. Usted puede lograrlo.

—Por cien mil dólares, Lask.

—Sí; y si consigue un retraso de otro año, cien mil más.

Deliberadamente, hice una pausa de silencio. Al cabo de unos instantes, dije:

—Warrod, ¿es que no tienen bastante con el dinero que le han sacado? ¿Todavía quieren más?

—La fortuna de Hendon es enorme —dijo la Yard con los ojos brillantes de codicia.

—Y ustedes quieren trasvasarla a sus bolsillos.

—Sí, ¿por qué negarlo? —admitió Lask cínicamente.

—Pero ya llevan aquí cuatro años —observé—. Tratan de prolongar la estancia en casa de Hendon otro año más. ¿Es que en todo el tiempo pasado no han podido vaciar sus arcas?

—Usted es abogado y sabe que una fortuna evaluada en varias decenas

de millones no se convierte en montante de la noche a la mañana, sin levantar sospechas. Hay muchas empresas que realizan y edificios que vender y acciones para traspasar y sacarlas luego a la Bolsa. Eso cuesta mucho tiempo si se quiere hacer bien —declaró Lask.

—Voy comprendiendo las cosas —dijo—. Ustedes, aquí, embaucan a Hendon, y en Nueva York, algún cómplice se encarga de la parte puramente financiera.

—¡Qué listo es usted! —dijo la Yard agriamente.

—Pero ese cómplice de Nueva York podría sentir la tentación de quedarse con todo el dinero —alegué.

—No, porque es el gerente de una empresa comercial, de la cual formamos parte unas cuantas personas.

—Sí, la cosa se va aclarando. El gerente de la empresa S.D.M.H. puede ejecutar operaciones con la fortuna de Hendon y traspasando, mediante compras y ventas ficticias, todos los fondos a las arcas de esa nueva sociedad, de la cual, sin embargo, no puede extraer cantidades demasiado importantes, sin la firma conjunta de todos los miembros de S.D.M.H.

—Así es —reconoció Lask—. Pero, ¿qué diablos quiere decir S.D.M.H.?

—Sociedad de Desvalijadores del Millonario Hendon —contesté impertérrito.

Lask enrojeció como una guinda.

—Dejemos esto a un lado —exclamó, amostazado—. ¿Se une a nosotros o no?

—No.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Le costará caro —amenazó Lask.

—Es usted muy astuto —añadió Melissa—, pero hasta el más listo se rompe las narices cuando menos lo espera. Por cierto, ¿cómo llego hasta la isla?

—Ustedes se informaron de mí muy bien, salvo en un detalle: soy piloto aviador.

—Vaya —resopló Lask—. Pero no escuchamos el ruido del avión...

—Corté los motores a cinco mil metros de altura y unos doce mil de la isla —señalé con el garrote hacia la pequeña ensenada que había al pie de la casa—. El hidroavión está ahí hundido. Si se fijan un poco, podrán verlo fácilmente.

Lask y la Yard intercambiaron una mirada.

—Este hombre es demasiado peligroso —dijo ella.

—Tienes razón, Melissa.

—En ese caso, resulta preciso suprimir los peligros. La Yard abrió su bolso y sacó una pistola.

Me figuré lo que iba a hacer, así que utilicé el garrote a medio tallar y le di en la mano.

Melissa lanzó un aullido, dejó caer la pistola y empezó a ocuparse exclusivamente de sus nudillos doloridos. Rugiendo de ira, Lask quiso apoderarse de la pistola.

Se inclinó hacia el suelo. ¿Qué parte del organismo humano queda más alta cuando una persona se inclina para recoger alguna cosa caída?

Pues allí fue precisamente donde golpeó mi garrote por segunda vez. Lask dio un tremendo salto y su aullido compitió en volumen con el de Melissa.

La pistola quedó abandonada. Lask tenía los ojos llenos de lágrimas y las manos en su dolorido final de espalda.

Le empujé con el bastón y lo hice sentarse en el suelo. Por si acaso, le registré, pero no llevaba ningún arma.

—Largo —dije—. Cuando quiera robar, lo haré en solitario; no acompañado de una banda de cuervos graznadores.

Lask tuvo bastante dificultad en sentarse tras el volante. Melissa guardaba su mano dolorida debajo de la axila del otro lado.

—Hay medios para convencerle de que colabore con nosotros —dijo Lask, al tiempo de arrancar. Y aquellas palabras, a decir verdad, tuvieron la virtud de preocuparme profundamente.

Porque sabía que Lask y la Yard eran dos seres rencorosos y vengativos, que estaban dispuestos a conseguir sus propósitos pasando por encima de quien fuera.

Yo podía ser uno de los aplastados por sus ataques. Y, objetivamente, era preciso comprenderles, porque se trataba de un botín que podía proporcionar a cada uno de los principales miembros de la S.D.M.H. un mínimo de quince millones de dólares.

Así, valía la pena pasar cuatro años encerrados en Wabe-Uyna. De haber sido de su manera de pensar, también me habría gustado pasarme cuatro años en la isla.

Una de las cosas que me agradó del incidente fue la ausencia de Ilse Kunstane. Seguramente, le habían dado de lado, porque empezaban a desconfiar de ella.

El motivo era muy sencillo; era hermana de Sigrid y la llamada de la sangre es algo que difícilmente puede dejar de atenderse.

Los acontecimientos se iban a precipitar. Era preciso, pues, estar prevenido.

* * *

Red McCroo estaba sirviéndose una copa y casi tiró la mitad del licor

fuera del vaso al verme.

—Se sobresalta usted mucho, Red —dije en tono irónico—. ¿Tanto miedo le doy?

McCroo lanzó un gruñido y despachó el licor.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Hablar con usted —contesté. Me senté de un salto en el mostrador y pedí—: Póngame un buen trago, Red.

McCroo me sirvió de mala gana. Miré el vaso al trasluz un momento y luego tomé un sorbo.

—Red, quiero hablar seriamente con usted —manifesté—. ¿Sabe algo del capitán Grays?

McCroo volvió la cabeza a un lado.

—No sé dónde diablos se ha metido...

—Yo sé lo diré. Fue a la casa del doctor dispuesto a matarme, pero no lo consiguió. Se lo impidió uno de los animales que el doctor ha inventado en su laboratorio, ¿comprende?

McCroo se puso pálido.

—¿E... es cierto eso? —tartamudeó.

—No se lo diría, si no fuese verdad, Red —repliqué—. Pero pasaré por alto algunas cosillas que ha hecho usted si se aviene a ser de nuevo buena persona. Incluso hablaría con el jefe Tho-Uau.

Encendí un cigarrillo y lancé una larga bocanada de humo, dando tiempo a que el sentido de mis frases se infiltrase en la mente de McCroo. De reojo le vi morderse los labios, sumamente preocupado.

—Usted no creía que las cosas iban a llegar a este extremo, verdad —dije, tras una larga pausa.

McCroo asintió pesadamente.

Yo continué:

—Hasta ahora, usted había sido bien considerado en la isla. Todavía está a tiempo de recuperar la buena fama, Red.

Otra pausa. Red seguía meditando.

—A usted le gusta vivir aquí —dije—. ¿Por qué estropear un panorama perfecto por la ayuda a unos tipos que luego, cuando lo consideren un estorbo, lo lanzarán por la borda sin el menor escrúpulo? Red, acuérdesse de Dufour. Le encargaron una faena y la ejecutó, pero luego se lo quitaron de en medio. ¿Quiere que a usted también le pase lo mismo?

Aquellas palabras fueron la puntilla.

Yo sabía que McCroo era relativamente joven y que tenía una esposa nativa que era una auténtica beldad, muy enamorada de él, además. Todo esto sumaba una serie de factores que no se podían desdeñar.

En resumen, McCroo se rindió.

—¿Qué... qué he de hacer, señor Dearn? —preguntó.

—Lo primero de todo decirme si está dispuesto a ayudarme con sinceridad —contesté—. No quiero términos medios, Red; lo crea o no, voy a acabar con esta situación, y si no se pone de mi lado, estará frente a mí. Acabará destruido, como los otros... pero ayudándome, las cosas volverán a la normalidad para usted.

—Sí, señor Dearn, se lo prometo.

—Algún otro capitán se hará cargo del tráfico con la isla y usted podrá seguir importando mercancías para vender a cambio de perlas y coral. Es un negocio seguro, lícito y honrado.

—Desde luego, señor Dearn.

—Bien, en ese caso, no se hable más, Red. ¿Tiene usted explosivos?

McCroo se sobresaltó.

—¿Explo... sivos?

—Sí, dinamita. En todo puesto comercial de los Mares del Sur hay siempre alguna reserva de explosivos para un caso de necesidad.

—En efecto, tengo algo de dinamita...

—Y fulminantes y mecha, supongo.

—Por supuesto.

—Gracias, Red. Prepáreme seis cartuchos con la mecha dispuesta para provocar la explosión entre diez y quince segundos. Usted sabrá hacerlo, ¿verdad?

McCroo asintió.

Ya tenía otro colaborador. Yo había hecho que McCroo reflexionase y supiera encontrar por sí mismo de qué lado se encontraban sus conveniencias personales.

Esperé cosa de veinte minutos. Al cabo de ese tiempo, McCroo volvió con un bulto envuelto en tela encerada.

—Seis cartuchos tal como usted los ha pedido —dijo.

Saqué dinero del bolsillo. McCroo levantó la mano con ademán prohibitivo.

—Es obsequio de la casa —manifestó—. Debo hacer algo por usted, señor Dearn.

Miré a McCroo. Era sincero.

Yo no quise insistir; sabía que no aceptaría.

—Le diré algo que puede resultarle útil, señor Dearn —agregó el irlandés—. El foso está dividido en dos partes, por sendas alambradas sumergidas, que impiden que los pulpos pasen al sector de los tiburones y viceversa.

—Una buena información, Red. Lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

—Haga volar una de las redes. Será suficiente para que los tiburones ataquen a los pulpos. He ido allí un par de veces y todavía tengo escalofríos al recordar lo que vi cuando cruzaba por el puente retráctil.

—Me lo imagino —sonreí—. Gracias por todo, Red.

Abandoné la taberna. La dinamita podía serme útil para algo en cierto modo distinto de lo que me había propuesto McCroo, pero no dejaba de ser una buena idea permitir que los feroces habitantes del foso combatiesen entre sí. De todas formas, yo tenía mis proyectos y mientras pudiese, los seguiría hasta el final.

CAPÍTULO XIII

Wahatou me sirvió la comida apenas regresé del poblado.

—El doctor me preocupa —dijo—. No quiere comer, trabaja como un loco, duerme de cualquier manera, sentado en un taburete y apoyado en una de las mesas... Acabará por delirar de pie, señor Dearn.

Hice un gesto de asentimiento.

—Cuando termine iré a visitarle —prometí.

Así lo hice. El aspecto de mi amigo era espantoso.

Corría de un lado para otro, colocaba muestras en el portaobjetos de su microscopio, cortaba fragmentos de tejido de las células que vivían en los tanques, tomaba notas frenéticamente, escribía otras... Sus ojos delataban un estado de enfrecimiento absoluto que, como había dicho bien Wahatou, solo podía acabar con el delirio.

—¡Hermes! —llamé a voz en cuello.

—Déjame, déjame —contestó Frog, haciendo grandes ademanes con los brazos—. Ahora no puedes interrumpirme...

—Estás cansado —dije severamente—. Tu cerebro está a punto de estallar. Duerme doce horas y continúa luego tu trabajo.

—Imposible, imposible —respondió.

Pero yo estaba dispuesto a salvarlo. Esperé unos momentos a que pasara por mí lado y entonces le toqué en el hombro.

—Hermes.

—¿Qué quieres? —preguntó él bruscamente, volviéndose hacia mí.

—Esto —dije, a la vez que disparaba mi puño derecho.

Su mandíbula crujió. Puso los ojos en blanco y se desplomó redondo.

—Ayúdame, Wahatou —rogué.

El nativo lo hizo de muy buena gana. Lo llevamos a su dormitorio y, una vez en la cama, empecé a buscar por el laboratorio.

No tardé en encontrar un frasquito con unas píldoras, cuya etiqueta me indicó se trataba de un sedante. Puse dos píldoras en un vaso de agua, las disolví cuidadosamente y cuando Frog empezaba a despertarse, pero antes de que pudiera recobrar el conocimiento por completo, le largué el narcótico.

Cinco minutos después, dormía apaciblemente.

—Esto le hará mucho bien, señor Dearn —dijo Wahatou.

—Así lo espero —respondí.

En aquel momento sonó el teléfono.

Wahatou salió al comedor y me llamó instantes después:

—Para usted, señor Dearn. ¡Es urgente!

El corazón me palpitó locamente mientras corría hacia el teléfono. Sigrid me pedía ayuda.

—Soy Dearn —manifesté.

—Owen, le habla Ilse. Venga, pronto, tengo que decirle algo...

La voz de Ilse se quebró de pronto en un agudo gemido. A través del hilo telefónico escuché claramente el golpe de su cuerpo contra el suelo.

—¡Ilse! —vociferé.

Una voz con tonos de buen humor, me dijo:

—Por favor, señor Dearn, no grite tanto o hará innecesario el teléfono.

—¡Ha asesinado a Ilse, Lask! —exclamé, hirviendo de cólera.

—Nada de eso, mí querido enemigo —contestó Lask—. Un simple golpe que le ha privado de conocimiento. Pero puede morir si no acude pronto a Punta Roja. Y Sigrid también.

Callé un momento.

Trataba de reflexionar.

Recordaba muy bien la frase pronunciada por Lask al despedirse. «Hay medios de convencerle que colabore con nosotros», había dicho, más o menos.

Sigrid era uno de esos medios.

Estaba en su poder. O les ayudaba o la mataban.

Y lo harían, estaba seguro de ello. Bastaba acordarse del tripulante de la goleta asesinado y del propio Dufour. No se detendrían ante nada con tal de rematar la tarea iniciada cuatro años antes.

Lask continuó:

—Las dos hermanas están en nuestro poder. Imagino que no le importa demasiado lo que pueda pasarle a Ilse, pero Sigrid es ya otro asunto diferente. ¿Me equivoco?

—Hable, Lask —fue todo lo que dije.

—Bien, queremos hablar con usted. Pero en nuestro terreno, así que haga el favor de venir a Punta Roja. ¿Entendido?

—Iré —prometí.

—Por cierto, no queremos que se fatigue. Ahora mismo sale un *jeep* con dos hombres para transportarle hasta aquí. Espere en la casa, se lo ruego.

—¿Nada más?

—Eso es todo. Hasta pronto, Dearn.

Lask colgó el teléfono. Yo hice lo mismo.

Medité un instante. Luego llamé:

—¡Wahatou!

El isleño se presentó al instante.

—¿Señor?

—Dentro de poco llegarán dos hombres de Punta Roja para llevarme allí. ¿Quieres ayudarme?

—Con mucho gusto, señor Dearn.

Le di una palmadita en el hombro. Luego empecé a hablar.

Sí, el acto final tendría lugar en Punta Roja.

Sería la jugada resolutive de la partida, pero se jugara de acuerdo con mis propias normas.

* * *

El *jeep* se detuvo ante la casa. Dwoda saltó al suelo y gritó:

—¡Eh!

Wahatou apareció en el acto en la veranda.

—No grite tanto, hombre. El doctor está descansando y lo van a despertar.

—Venimos a buscar a Dearn —contestó Dwoda malhumoradamente.

—No está —informó Wahatou, impasible.

—¿Cómo que no...?

El nativo se encogió de hombros.

—Se fue. No iba a prohibirle que lo hiciera —repuso en tono indiferente.

Dwoda consultó con su compinche.

—¿Qué te parece a tí?

—Entra en la casa. Yo no me fío mucho de estos negros —rezongó el otro esbirro.

—No soy negro —protestó Wahatou, indignado.

—Para mí, todos los extranjeros de piel oscura son iguales —dijo el sujeto despectivamente.

—Si me insulta otra vez, se lo haré pagar caro, hijo de un tiburón sarnoso —gritó Wahatou.

Dwoda se echó a reír.

—No le enfades, Jeff —dijo, mientras ascendía los peldaños que conducían a la veranda—. Ese chico podría aplastarte las narices.

—¿A mí? —Colérico, Jeff saltó al suelo y se dirigió hacia Wahatou—. Ahora verás...

El que no lo vio fue él. Wahatou agarró mi garrote y le golpeó en el estómago, después en las posaderas y terminó con un delicado toque en la nuca.

Jeff cayó de bruces, sin enterarse apenas de lo que le había sucedido. Dwoda contempló la escena perplejo primero e irritado después.

—¡Eh, tú, moreno...!

Dwoda estaba ya a punto de entrar y se había vuelto para presenciar la

pelea, acaecida al pie de la veranda. Entonces yo abandoné mi escondite tras la puerta y le toqué con la mano izquierda en el hombro.

Dwoda se volvió. Era menos pesado que el difunto Grays y voló por encima de la escalera hasta estrellarse contra el suelo, al pie del *jeep*.

Wahatou me contempló con admiración.

—¡Qué manera de pegar! —exclamó.

—Y eso que he estado enfermo —sonreí—. Anda, ocúpate de atarlos, mientras yo saco el equipaje.

Momentos después, con Dwoda y Jeff Tornl convertidos en sendos salchichones, me sentaba al volante. Wahatou quiso venir conmigo, pero yo se lo prohibí.

—Tienes que cuidar del doctor —dije—. Es probable que yo esté ausente mucho tiempo.

—Sí, señor —se resignó el isleño.

El ataque a la pareja de esbirros había tenido un motivo fundamental: eliminar dos enemigos.

Y, naturalmente, ello me permitiría jugar todavía mejor según mis propias reglas.

Cuando arranqué, el sol no se había puesto todavía. Aún habría luz cuando llegase a Punta Roja, lo cual entraba dentro de mis planes.

* * *

Detuve el *jeep* a cierta distancia del muro. Había una ligera pendiente de unos treinta metros, antes de llegar a la sólida verja de hierro que permitía el acceso al recinto. El puente retráctil estaba echado.

Un ingenioso mecanismo permitía avanzar el puente hasta la verja o retirarlo al interior, dejando así el foso sin ninguna solución de continuidad. La solidez del puente era más que suficiente para soportar el peso de dos o tres coches al mismo tiempo.

Al otro lado de la verja divisé a un tipo esperando mi llegada. Yo me había apostado al borde de la zona de vegetación. En torno al muro había una amplia faja despejada deliberadamente.

El tipo no podía verme aún. Me bajé del *jeep*, tras haber dejado en punto neutral la palanca de cambios y echado el freno de mano, y saqué el equipaje.

En el asiento delantero del *jeep* dejé el cartucho de dinamita. Saqué un cigarro y lo encendí tranquilamente.

Solté el freno y empujé un poco el *jeep*. Mientras las ruedas giraban lentamente, acerqué la lumbre del cigarrillo a la mecha.

Acto seguido me retiré detrás de un matorral y, tendido en el suelo, esperé.

El *jeep* adquirió velocidad bien pronto. El vigilante lo divisó y empezó a gritar desaforadamente.

Segundos más tarde, el *jeep* se estrellaba contra la verja con enorme estruendo. En el mismo instante, se produjo la explosión.

La verja crujió y se retorció en parte, pero no cedió por completo, como tampoco el puente. No me importó; no eran esos mis propósitos.

Solo quería hacer una pequeña guerra de nervios y el estruendo de la explosión, cuyo origen no tardarían en comprender, senda fielmente a mis propósitos.

El centinela, derribado primero por la onda explosiva, se levantó, terriblemente asustado, y echó a correr lanzando gritos de pavor. Yo sonreí mientras comía también, pero en una dirección muy distinta.

Rodeé el alto muro. Estaba seguro de que Lask y sus secuaces tratarían de salir por la verja, ya que no podían hacerlo por ninguna otra parte. Pero no me encontrarían, naturalmente.

Todavía había luz cuando encontré el desagüe del foso.

Aparte del alimento, los animales acuáticos que vivían en aquel lugar, necesitaban una constante renovación del agua o habrían muerto en pocos días. Sin hacer el menor ruido, me deslicé por la pared rocosa hasta el tubo de desagüe y coloqué allí cuatro cartuchos de dinamita.

El foso había sido excavado artificialmente y para practicar el desagüe, por lógica situado al nivel del fondo, había sido preciso construir un muro de contención. Por segunda vez encendí otro cigarrillo.

Acto seguido, prendí la mecha de un cartucho. Corrí unos veinte pasos y me lancé al fondo de una grieta rocosa que ya había elegido con antelación.

El estampido pareció que iba a hacer volar Punta Roja. Enormes cantidades de piedra y cemento subieron a lo alto y, cuando el estruendo hubo cesado, tuve la satisfacción de percibir un ruido muy fuerte, de inconfundible significado.

Me levanté, cubierto de polvo, medio sordo, pero ileso. La deflagración de la dinamita había abierto un boquete de más de dos metros y el agua salía por allí con tremendo ímpetu.

Un tiburón apareció disparado, coleteando frenéticamente, y rebotó de roca en roca hasta perderse en el mar. Los que no cayeran, quedarían en el lecho del foso, cuando quedase en seco.

La bomba de renovación del agua no poseía la suficiente potencia para reponer toda la que se perdía por aquella brecha. Y, por otra parte, si bien los pulpos continuarían en su sector separados por las redes, igualmente quedarían en seco.

Es bien cierto que un pulpo puede desplazarse sobre las rocas, fuera del agua, pero entonces su facilidad de movimiento desciende notablemente.

Los gritos de desconcierto de Lask y su pandilla se oían por todas partes. Cada vez había menos luz diurna y decidí aprovechar la circunstancia.

Salté al muro y pasé al otro lado, empleando el mismo procedimiento que la vez anterior. Pronto pude encontrarme en el interior del recinto, con la bolsa colgada de los hombros y el revólver de Wahatou en la mano, dispuesto para emplearlo en el momento en que hiciese falta.

Avancé corriendo hacia la casa, cuya entrada aparecía brillantemente iluminada. Melissa apareció de pronto en la puerta.

—¡Warrod! —gritó.

—Estoy aquí —contestó Lask—. Seguimos buscando todavía.

—Querrá entrar en la casa —sugirió la Yard.

—Eso es seguro —admitió Lask—. Pero yo ya sé qué es lo que hará, a poco que pueda. Sitúate ante la puerta del cuarto de Sigrid y dispara contra él apenas lo veas, ¿estamos? Nosotros continuaremos buscándole mientras tanto.

—Descuida, Warrod —respondió Melissa—. En cuando le vea asomar la nariz, le pondré el cuerpo como un colador.

CAPÍTULO XIV

En la oscuridad creciente, escuché con toda claridad aquel corto diálogo, agazapado detrás de un frondoso seto. La casa estaba a menos de veinte pasos de distancia del lugar en que me encontraba, pero casi parecía hallarse en las antípodas del globo.

Lo malo para mí era que no conocía la distribución interior del edificio. Wahatou había estado allí un par de veces, pero no había pasado de la cocina, situada en la planta baja. En cuanto a mí amigo Frog, Lask y los suyos habían tenido que ir a su laboratorio cada vez que querían hablar con él. Frog ni siquiera había llegado a poner los pies en Punta Roja.

Pero allí estaba Sigrid. Y mi amigo debía ser arrancado al maligno poder de la banda. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para conseguirlo.

Ahora tenía que enfrentarme a cuatro enemigos: Lask, Mynser y dos esbirros más. Dwoda y su compinche habían quedado fuera de combate.

Mejor dicho, los enemigos eran cinco, porque había que contar con la Yard, no menos peligrosa que los restantes. De repente advertí un momento de tranquilidad y crucé corriendo el espacio despejado, para situarme al pie de la fachada posterior.

Había allí una puertecita. La abrí y me encontré en la cocina, desierta en aquellos instantes. De repente oí gritos a lo lejos.

—¡Suffy, Matt, vayan a ver por detrás! —sonó la voz de Lask.

Me detuve junto al umbral y saqué el último cartucho de dinamita. Encendí una cerilla y esperé unos instantes.

Dos hombres corrían hacia la casa a unos cuarenta metros de distancia. Encendí la mecha y el cilindro de explosivo voló por los aires.

Sonaron unos gritos de terror. Parapetado junto a la puerta, soporté los efectos de la explosión, que hizo volar en mil pedazos todos los cristales de la cocina.

Asomé la cabeza. Los dos esbirros habían conseguido esquivar la explosión, pero les había sorprendido demasiado cerca y estaban aturdidos, medio fuera de combate. Aproveché la ocasión y crucé la cocina rápidamente, hallándome ante el vestíbulo.

A la derecha, una escalera conducía al piso superior. Subí silenciosamente los peldaños y asomé la cabeza por la esquina del remate de la escalera.

Melissa estaba parada ante una puerta, con una pistola en la mano, en actitud claramente expectativa. Apreté los labios; en cuanto asomase, la

emprendería a tiros conmigo.

De pronto vi una silla al alcance de mi mano. Sin dudarle dos veces, la arrojé hacia delante con todas mis fuerzas.

Melissa estaba mirando hacia la puerta frontera del corredor. Sin duda, esperaba que yo entrase por la ventana de la habitación opuesta. El golpe de la silla la sorprendió evidentemente, haciéndola trastabillar, a la vez que lanzaba una exclamación de alarma.

La pistola se escapó de sus dedos, todavía resentidos del garrotazo de la víspera. Dejé escapar un grito de rabia y se inclinó para recogerla.

Con una mujer así, las consideraciones sobran. Mi pie derecho se movió duramente y la hizo salir disparada a cuatro metros de distancia.

Melissa sollozó de ira. Cuando se sentó en el suelo, se encontró con mi revólver encarado a su cuerpo. La pistola desprendida de sus dedos había pasado a mí poder.

—Levántese —ordené.

Ahora la rabia había sido sustituida por el pavor. Melissa no era tonta y se percataba de que yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salir adelante.

Cojeando, se acercó y me miró interrogadoramente.

Yo señalé la puerta con la mano izquierda.

—Abra.

La Yard metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una llave. Cuando la puerta estuvo abierta, la metí a través del hueco de un poco cortés empujón.

Sigrid estaba allí, en efecto. Al verme entrar, lanzó un agudo grito:

—¡Owen!

De una ojeada me di cuenta de lo que estaba haciendo Sigrid en aquellos instantes. Ilse se hallaba tendida sobre la cama, con un paño mojado sobre la frente.

—La golpearon —explicó Sigrid.

Hice un gesto de asentimiento.

—Siéntese allí, Melissa —ordené.

La Yard obedeció, devorando interiormente la ira que sentía. Ilse me miró con cierta expresión de aturdimiento.

—Sigrid, tienes que conducirme a la habitación de Hendon —dije.

—Sí, lo que tú digas, Owen.

Miré a Ilse.

—¿Está en condiciones de moverse? —pregunté.

—Lo intentaré —respondió.

Yo le entregué la pistola de Melissa.

—Si hace un gesto sospechoso, dispare —indiqué.

—Estoy deseando que lo haga —dijo Ilse. Se sentía furiosa por el trato

recibido.

Agarré la mano de Sigrid.

—Vamos.

Salimos de la habitación a todo correr. Sigrid me guio hasta el extremo opuesto del corredor y se detuvo ante una puerta, que yo abrí sin la menor ceremonia.

Sigrid y yo entramos en una habitación de vastas dimensiones, en uno de cuyos ángulos, ante una ventana, sentado en un sillón, se encontraba el dueño de Punta Roja.

Contemplé a Hendon unos instantes.

Sí, era viejo, pero no se advertía en él una ancianidad matusalénica. Lo corriente en un hombre de unos setenta años, medianamente conservado, vamos.

Hendon me miró a mí.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Owen Dearn —contesté—, el hombre que ha venido a revelar la verdad y a desengañarle por completo, señor Hendon.

* * *

Hablé durante unos minutos. Hendon me escuchó en silencio, sin interrumpirme.

Al terminar, le vi claramente impresionado. Parecía mentira que un hombre que había sido un águila para los negocios, consiguiendo reunir una fortuna superior al medio centenar de millones, se hubiera dejado embaucar tan estúpidamente por una pandilla de estafadores.

—De modo que todo ha sido un engaño —murmuró desanimadamente.

—Pongamos un noventa y cinco por ciento —respondí—. Evidentemente, el doctor Frog ha logrado progresos considerables en su especialidad biológica. Un proceso de rejuvenecimiento celular podría, indudablemente, mejorar su estado general, pero nunca, nunca conseguiría elaborar la droga de la inmortalidad.

—¿Cómo lo sabe usted, Dearn? —sonó de repente la voz de Lask a mis espaldas.

Sigrid se volvió y lanzó un gemido al ver a Lask y a Mynser en el umbral, ambos encañonándonos con sus pistolas. Miré por encima del hombro y dejé caer mi revólver.

—Sí —dijo Mynser—, ¿cómo sabe usted que Frog no puede elaborar esa droga?

—Sus preguntas me recuerdan un viejo chiste que escuché en cierta ocasión —respondí tranquilamente—. Conversaban dos amigos y uno de ellos dijo que confiaba en que algún día inventase alguien una droga que

permitiese vivir mil años. Y el otro contestó: «Oh, eso no tiene importancia; hace ya mil años que estoy tomando esa droga».

Los ojos de Hendon chispearon. Una ligera sonrisa apareció en sus labios.

—¿Qué quiere decir con ese cuento? —gruñó Lask.

—Muy sencillo. ¿Cómo sabe Frog que su droga proporcionará la inmortalidad? ¿Acaso la ha estado probando en sí mismo durante mil o dos mil años? *Supone que* alargará extraordinariamente la Vida, pero *no lo sabe*; no tiene medio de comprobarlo.

»La penicilina puede curar una pulmonía y esto es cosa que se ve en menos de una semana. Otras drogas pueden, curar enfermedades crónicas en el espacio de algunos años, pero, ¿quién asegura que la solución biológica del doctor Frog alargue la vida durante un milenio? ¿Se lo aplicará él mismo para comprobar sus efectos en su propio cuerpo?

Después de mis palabras, hubo un momento de silencio.

Aquellos argumentos resultaban irrefutables. Eran los argumentos que me habían hecho reír a mí en cierta ocasión y más tarde a Sigrid.

—Está bien —dijo Lask—. Usted tiene razón, Dearn. No es posible comprobar a largo plazo los efectos de la droga. ¿Quién puede afirmar que alargará la vida durante mil años? En cambio, yo puedo predecirle algo definitivo a plazo mucho más corto: su muerte.

Sigrid lanzó un gemido. Yo dije:

—Si me matan, Frog seguirá adelante con sus investigaciones. Está a punto de terminarlas.

—Ese es un problema nuestro y no suyo, Dearn —contestó Lask.

Miré a Hendon.

—¿Lo ve ahora? —pregunté.

El anciano hizo un gesto de asentimiento.

—Está clarísimo —respondió.

—De usted nos ocuparemos más tarde —gruñó Lask—. Salga, Dearn.

Sigrid quiso coger mi mano, pero Mynser la apartó brutalmente a un lado. La muchacha cayó sentada al suelo y me vio salir con el horror pintado en el rostro.

Lask y Mynser salieron detrás de mí. En el mismo instante, Ilse apareció en el otro extremo del corredor, pistola en mano.

Yo me lancé a un lado, justo en el momento en que Ilse disparaba dos veces. Mynser lanzó un grito y se desplomó al suelo.

Su pistola quedó a un palmo de mi mano. En aquel instante, Melissa apareció en la puerta y empujó a Ilse, encontrándose al adelantar el cuerpo con la bala que había disparado Lask.

La Yard se agarró el costado derecho, por dónde había penetrado el proyectil. Cayó de rodillas, sollozando de rabia al presentir la inminencia

de su fin.

Lask quedó un instante aturdido. De pronto, se acordó de mí.

Era demasiado tarde. Yo ya tenía la pistola de Mynser y disparé tres veces seguidas. Lask pegó un tremendo salto y entró de espaldas en la habitación de Hendon. Cayó muerto casi instantáneamente.

Sigrid se puso en pie y corrió hacia mí, colgándose de mi cuello. Ilse se levantó y caminó hacia la habitación de Hendon.

—Todavía quedan dos —advertí.

—No son peligrosos —contestó Ilse, haciendo una mueca.

Entré de nuevo en la habitación y me acerqué a Hendon.

—No es posible negar los años que tiene usted —dije—, pero debe pensar en que hay cosas que la ciencia no ha descubierto todavía y que no descubrirá jamás. Tal vez un día se llegue a vivir doscientos años, pero eso no sucederá mañana precisamente.

»Usted debe desechar sus manías y afrontar la vida con serenidad. Si limpia su mente de terrores infundados, si vive morigeradamente y en un lugar tranquilo, su existencia podrá prolongarse todavía bastantes años.

Hendon hizo un gesto de asentimiento. Carraspeó y dijo:

—Me gustará hablar luego con usted, señor Dearn.

—Será, un placer —contesté.

Ilse nos miró sonriendo.

—¿Final feliz para ambos? —preguntó.

Sigrid se ruborizó. Yo la tenía sujeta por la cintura.

—Eso esperamos —dijo Sigrid.

—Pero todavía me queda algo por hacer —manifesté—. Tengo que ver qué hace mi amigo Frog.

—Iré contigo —dijo Sigrid.

—Pueden marchar tranquilos —declaró Ilse—. Yo me cuidaré de la casa. Suffy y Matt me ayudarán... si quieren que el señor Hendon olvide algunas de sus cosas.

No era tonta Ilse, no. Pronto había adivinado de qué lado iba a soplar el viento y se había colocado en el lugar más favorable para salir indemne de la tormenta.

Suffy y Matt nos ayudaron a abrir la verja. El puente había resistido bien los efectos de la explosión y el otro *jeep*, apartados los restos del primero, pudo pasar sin dificultad.

Pudimos ver el foso vacío y los escualos debatiéndose en su fondo. Al otro lado de la red de separación, un par de enormes pulpos movían perezosamente sus ya inofensivos tentáculos.

Cuando llegamos al otro lado de la isla, Wahatou salió corriendo a nuestro encuentro.

—El doctor ha despertado —dijo excitadamente—. Está en el laboratorio; parece loco...

Sigrid y yo corrimos hacia el laboratorio. Abrí la puerta de golpe.

Al ruido, Frog volvió la cabeza. Una indefinible sonrisa flotaba en sus labios.

Al lado, sobre una mesa, y una jeringuilla. Su brazo izquierdo estaba todavía remangado.

—Encontré la solución —dijo—. Durante el sueño, hallé el último eslabón de la cadena, Owen.

—¿Qué has hecho, Hermes? —pregunté.

—Simplemente, probar en mí los efectos de la solución que contiene mis células nuevas vivas —contesté Frog.

—¿Y... cuándo notarás los efectos?

—Muy pronto. Debo sentir una gran vigorización de mi organismo, una nueva vitalidad, optimismo, viveza mental...

De repente, se calló. Una extraña mueca apareció en su cara.

Se rascó el pecho con la mano.

—Me pica —dijo.

—Debieras haber probado en algún animal de laboratorio...

—¡Me pica! —chilló, estremeciéndose convulsivamente.

Con la mano izquierda se rasgó la pechera de la camisa y empezó a rascarse frenéticamente. Extrañas manchas blancas aparecieron en su cara y cuerpo.

—No sé lo que me pasa —dijo, retorciéndose de un modo horrible—. Las células nuevas...

El horror invadió mi espíritu.

Las células nuevas poseían una terrible voracidad y devoraban a las viejas del cuerpo de Frog, multiplicándose al mismo tiempo con enorme rapidez.

Frog gritaba espeluznantemente. Era devorado total y absolutamente, desde el interior de su cuerpo. Trillones de seres diminutos libraban una atroz batalla en su organismo, consumiendo a las otras células, de todas clases, a la vez que se multiplicaban con espantoso frenesí.

Las manchas blancas se agrandaron, formaron bultos como pelotas de fútbol. Los gritos de dolor de mi amigo se transformaron en ronquidos inarticulados.

Los ronquidos cesaron. Frog cayó al suelo.

Ya no tenía figura humana. Solo era un montón de materia orgánica, que crecía de tamaño con increíble rapidez.

Sigrid estaba horrorizada. Yo permanecía como hipnotizado, asistiendo

impotente a aquella monstruosa transformación.

Pero, de repente, me di cuenta de que era preciso hacer algo.

O la isla entera sería invadida por aquellos voraces seres creados por la enfebrecida imaginación de mi amigo.

Solo se podía adoptar una solución.

—¡Wahatou! —grité—. ¡Petróleo, pronto!

El isleño me entendió enseguida. Para evitar aquel peligro, no se podía hacer más que una cosa.

Las llamas alcanzaron pronto gran altura. Desde prudente distancia, asistimos a la destrucción íntegra del laboratorio. Cada vez que el fuego amenazaba con extinguirse, añadíamos más petróleo, que McCroo y los isleños aportaron sin titubear.

La gasolina de Dufour también alimentó el fuego. Al amanecer, de aquel laboratorio infernal no quedaban más que unos restos calcinados, en los que no se advertía el menor signo de vida.

No había vida donde se había tratado de conseguir la inmortalidad.

EPÍLOGO

Wabe-Uyna ha vuelto a ser la isla paradisíaca que fue siempre. La mansión de Punta Roja fue demolida y las plantas vuelven a crecer entre sus escombros. McCroo sigue traficando con los isleños. Otro capitán hace los viajes de Papeeté a la isla y viceversa.

Ilse anda por ahí. Es una mujer inquieta. No le gusta la vida sedentaria. No obstante, procura no meterse en líos. De todas formas, sus andanzas ya no nos interesan a Sigrid y a mí.

Yo tuve mucho trabajo durante una larga temporada. Desenredar y aclarar la trama de aquella gigantesca estafa no fue tarea sencilla ni corta. El cómplice neoyorkino de Lask y demás miembros de la S.D.M.H. fueron a parar a la cárcel, naturalmente Tuvieron suerte; los otros murieron.

Hendon se ha resignado, pero, al abandonar sus manías, parece haberse rejuvenecido notablemente. Ha encontrado un nuevo interés por la vida y se ha dedicado a la filantropía.

En cuanto a Sigrid y a mí... Yo encontré a la «Mujer» y ella encontró al «Hombre».

No sé cuánto viviremos, pero sea cual fuere el plazo de duración de nuestra existencia cuando lleguemos al final, nos parecerá haber vivido juntos mil años.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España